

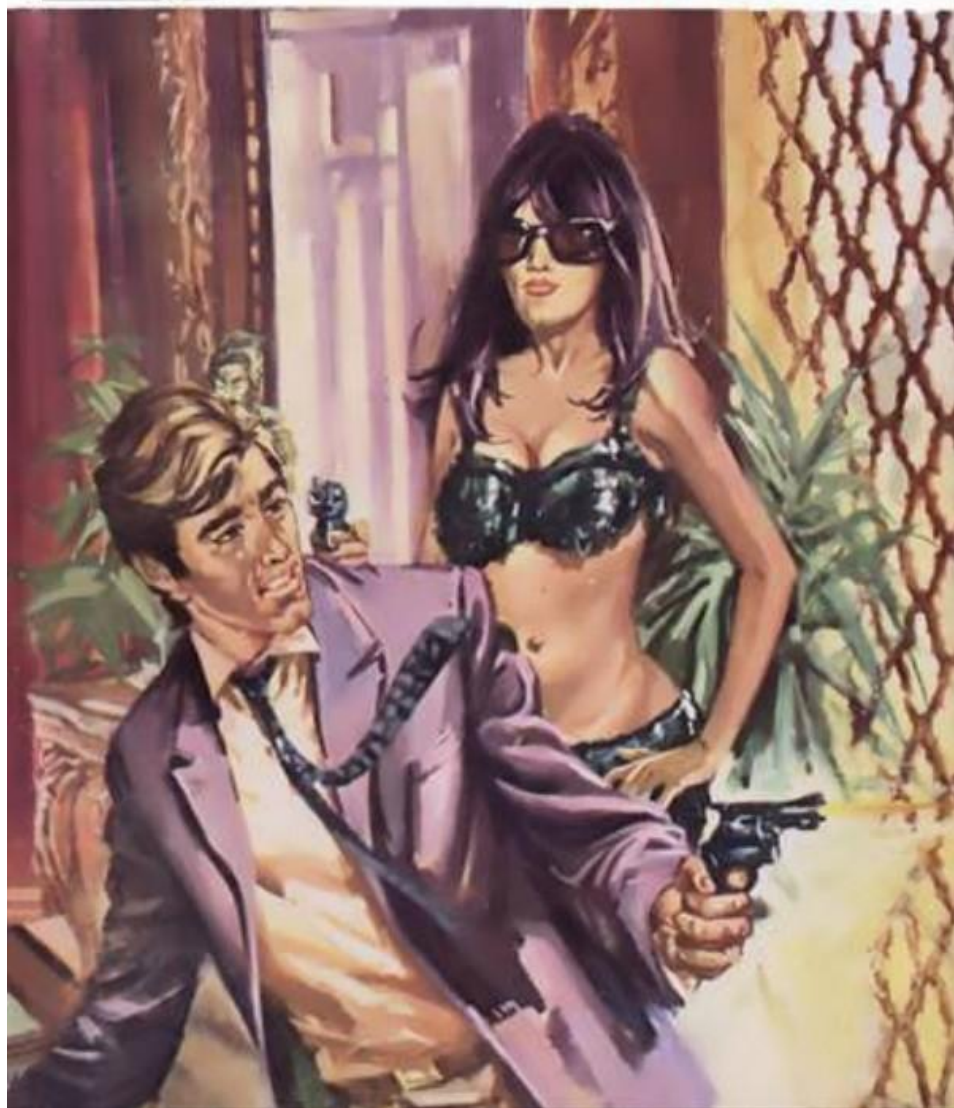
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

los demonios del paraíso

SILVER KANE



LOS DEMONIOS DEL PARAISO

SS Nº 1348

Autor: Silver Kane

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EL hombre saltó de tejado en tejado, entre los exuberantes cocoteros salvajes, apoyando sus pies descalzos en las superficies con la seguridad de un simio.

Colgado de su espalda, como la mochila de un excursionista, llevaba un paquete del que colgaba un corto cable. El hombre usaba unos pantalones tan cortos que parecían un slip, una camiseta verde y unos guantes para sujetarse mejor a los salientes. Nada más. En su mano derecha descansaba una “Browning”.

Todos los que acechaban en aquel maravilloso jardín tropical le vieron avanzar mientras contenían la respiración. Ya estaba prácticamente encima del pabellón hasta el que tenía que llegar. Sólo le faltaba un salto, un salto elemental, que podría dar sin duda alguna, porque ya había hecho lo más difícil.

Se preparó tensando los músculos.

Alguien dijo:

—Munsabar llegará...

Munsabar dio un salto que hubiera envidiado un chimpancé, pero en aquel momento el “Magnum” de calibre especial tronó dentro del pabellón. El hombre del jersey verde se estremeció en el aire mientras en aquella tela se dibujaba una espantosa mancha roja.

Hubo un alarido.

Munsabar cayó entre los altos tallos de hierba.

Y, al chocar con el suelo, la mochila que llevaba a la espalda estalló. Cinco kilos de schneiderita entraron en ignición y provocaron uno de los estallidos más brutales, más alucinantes que

se habían producido en la isla. Algunos de los pedazos de Munsabar fueron a parar a más de doscientas yardas.

Un clamor salvaje, unánime, se escuchó entonces, en aquel jardín tropical que era uno de los últimos rincones del paraíso. Casi veinte hombres parecidos a Munsabar, usando modernos rifles del ejército norteamericano, se lanzaron al asalto.

Los cocoteros salvajes se estremecieron. Los gritos parecieron rizar el agua de la cercana playa, bajo la que descansaban los arrecifes de coral. Docenas de pájaros que formaban toda una maravillosa constelación del arco iris salieron gritando para perderse en la selva de cocoteros que había a una milla de distancia.

Pero el hombre encerrado en el pabellón contiguo a la playa, el hombre que ya había matado a Munsabar, no se inmutó. Siguió manejando el “Magnum” como si tal cosa.

Antes de Munsabar habían caído ya cinco hombres cómo él, y sus cuerpos se alineaban ante el pabellón, en las posturas más grotescas. La sangre salpicaba la hierba, mientras los cadáveres aplastaban los parterres de maravillosas orquídeas. Un herido lanzaba aullidos que hacían estremecer el aire. La escena era tanto más confusa, más patética, por cuanto aquel sitio se llamaba The last paradise, (El último paraíso), y el pabellón pertenecía a uno de los hoteles más lujosos de Asia, que es decir los más lujosos del mundo. El hotel Pacific, situado junto al mar y distribuido en pabellones aislados que gozaban, a la vez, del confort occidental y el refinamiento asiático. Todos tenían aire acondicionado, radio, televisión en color, bar y servicio a elección del cliente.

El hombre que estaba encerrado en aquel pabellón, y que, precisamente, iba con su esposa, no había pedido servicio de ninguna clase, pero eso poco importaba. Todos los habitantes de la isla parecían estar dedicados a él. Varias docenas de esos habitantes habían rodeado el pabellón, habían empezado a tirotearlo con saña, y al final habían intentado volarlo, aunque sin ningún éxito. Ahora, al fin, se jugaban la baza decisiva.

El asalto.

Hombres descalzos surgían de todas partes. De detrás de los cocoteros, de los macizos de flores y hasta de detrás de las estatuas que representaban viejos dioses indonesios. Saltaban por encima de

las barandas de madera de teca. Se descolgaban de los tejados lanzando agudos gritos de muerte.

Pero el hombre encerrado allí en compañía de su esposa, tampoco se inmutó. Dueño de dos revólveres del mismo calibre, empuñaba uno mientras la mujer que estaba con él recargaba el otro. Cambiando constantemente de una a otra ventana, enviaba una nube de fuego.

Dijo, con voz tranquila:

—Parece que ahora va en serio, Ingrid.

Manejando, siempre, el enorme revólver con las dos manos, para asegurar la puntería y evitar la tremenda fuerza del retroceso, disparó sin ponerse nervioso, sin apretar el gatillo antes de tener un hombre ante el punto de mira. Y empezó la matanza.

Un hombre estaba llegando ya a la ventana, después de saltar la baranda.

De pronto cayó hacia atrás, lanzando un aullido, mientras entre las cejas se le marcaba un tercer ojo.

Otro reptaba entré los cocoteros.

De improviso, quedó quieto como una serpiente al acecho, en tanto de sus labios escapaba un doble hilo de sangre.

Un tercero llegaba como un rayo, corriendo en línea recta hacia la ventana, desafiando las balas, como si estuviera drogado.

De repente, pareció haber chocado con un muro de cristal.

Quedó muy quieto.

Y se derrumbó, tras girar sobre sí mismo, mientras en el corazón se le dibujaba una mancha escarlata.

Hubo un cuarto que llegó hasta cinco yardas de la ventana, intentando arrojar por el interior de ésta una bomba de mano pero el balazo le detuvo en seco. El hombre se encogió, se llevó la bomba al estómago sin darse cuenta y la hizo estallar. No sólo sus restos salieron despedidos por el aire sino que además mataron al hombre que iba con él.

Delante del pabellón, en aquella especie de paraíso que se había transformado en un infierno, se empezaban a amontonar los muertos.

Pero la batalla estaba perdida. Los atacantes salían de todas partes, llegando en oleadas que ya nada podía detener. Por otra

parte, una ametralladora pesada estaba destrozando las ventanas, de modo que el hombre parapetado tras ellas se iba a quedar absolutamente sin ningún refugio.

Y lo inevitable sucedió.

Los atacantes llegaron a penetrar en el pabellón.

Vieron al hombre y la mujer.

Él, alto, erguido, de unos cuarenta años, en toda la plenitud de su fuerza.

Ella, unos veinte años más joven, llena de vida, sólida, potente.

El hombre había soltado su “Magnum”.

Ahora empuñaba una metralleta desmontable en dos piezas, una variante de la “Thompson”, con la que podía hacer una carnicería antes de reventar. Aquella metralleta no ofrecía la precisión del “Magnum”, pero era terriblemente mortífera tirando al bulto. Aunque la suerte de aquel hombre estaba decidida, aunque no tenía salvación, podía llevarse por delante a media docena de enemigos antes de reventar.

Y los que acababan de entrar en la habitación, lanzando aullidos inhumanos, eran ocho. Todos se lanzaron hacia atrás, no queriendo entrar en el fatídico reparto de los que iban a morir. La mano del hombre se cerró sobre el gatillo.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Algo que en el primer momento pareció una alucinación.

El hombre se tambaleó.

Sus facciones se desencajaron.

La bala que acababa de recibir en la nuca, casi le salió por la cara.

Y se desplomó sin un gemido, sin una exclamación, con los ojos espantosamente abiertos.

La mujer bajó, poco a poco, el “Magnum”.

Sus ojos estaban espantosamente fijos.

Del cañón del revólver aún escapaba una columnita de humo.

Los hombres que acababan de asaltar el pabellón la miraron atónitos, sin comprender aún, sin darse cuenta exacta de lo que acababa de ocurrir.

Todos ellos eran una extraña mezcla de soldados de un ejército regular, de salvajes que cazan en una selva y de fieles

mahometanos que van a orar a una mezquita. Llevaban turbantes, prendas militares y, al mismo tiempo, machetes y alfanjes dignos de un relato de Emilio Salgari. Todos parecían unos iluminados, quizá a causa de la droga que habían ingerido antes del ataque, a excepción del elegante gentleman que, al parecer, los dirigía. Este era una auténtica excepción, una especie de pieza de contraste en todo aquel salvajismo, pues vestía prendas elegantes, de seda silvestre tailandesa. Usaba una corbata italiana y zapatos *made in England*. El último detalle de civilización consistía en una “Beretta” de plata, una de las más sofisticadas pistolas de salón que se fabrican para uso de los elegantes.

Clavó sus ojos en la mujer.

En sus curvas opulentas y tensas.

En su gracia felina.

En su fino vestido de hilo, debajo del cual no había más que un sumarísimo tanga.

—Parece que nos ha ahorrado mucho trabajo, señora Pierce —dijo.

Ella no se movió.

Parecía una estatua.

Con la mirada perdida, balbució:

—Quiero que me perdonen la vida.

—¿Por eso lo ha hecho?

—Sí.

—Es duro morir cuando sólo se tienen veinte años, ¿verdad, señora Pierce?

—Es... demasiado duro.

El hombre elegante gritó de pronto:

—¡Zorra!

Y le golpeó con salvajismo en la cara, haciéndola caer a tierra. En el suelo había una finísima esterilla de bambú, por la que ella se deslizó pesadamente. Uno de los finos zapatos *made in England* se hundió entonces con rabia en sus costillas, produciendo un dolor indecible.

Ella gimió.

El tipo dijo, mientras la golpeaba de nuevo:

—¡Tú no amabas a tu marido!

—¿Y qué? —barbotó ella—. ¿Era obligatorio amarle hasta ese extremo? ¡Sólo llevaba una semana casada con él!

—Te interesa más tu propia vida, ¿verdad?

—¡Mi vida es lo único que me interesa! ¡Lo único que de verdad es mío!

—¡Levántate!

Ella obedeció. La falda se le había desprendido. A pesar de que aquellos mismos hombres la habían visto pasear en bikini por las playas de coral, la aparición que de pronto tenían ante sus ojos les pareció fascinante.

Ingrid dijo, lentamente:

—Los propios criados del hotel y el propio jefe de recepción... ¿Quién lo hubiera dicho, verdad? ¿Quién hubiera podido imaginar que no eran más que una pandilla de bandidos?...

—No somos bandidos, sino hombres que luchan por la grandeza de Indonesia —dijo lentamente Akbar, el jefe de recepción de aquel fastuoso hotel—. Nos hemos ido situando todos en nuestros puestos al saber que tu marido estaba aquí. ¡Tu marido, un puerco agente de la CIA!

—La CIA os ha ayudado siempre —susurró Ingrid, con voz opaca—. La moderna Indonesia es, en cierto modo, su obra.

—Pero Pierce, tu marido, trabajaba ahora en contra de nuestro país. Queremos la grandeza de la Patria; no estamos dispuestos a que se juegue con la sagrada causa. Ese cerdo leproso de Pierce ya no transmitirá jamás el mensaje del que era portador. ¡Jamás!...

Y dio un puntapié al cadáver, como si éste aún pudiera sentirlo. Luego sus ojos llameantes se volvieron de nuevo hacia la mujer.

—Vamos a tener una larga conversación contigo —dijo, sibilantemente—. Una larga conversación...

Ella tuvo un estremecimiento.

—¿Qué clase de conversación? —musitó—. ¿Y por qué?...

—Nos vas a tener que explicar muchas cosas. Antes de que ningún extraño llegue, antes de que se proyecte su sombra..., ¡vas a hablar!

Y en aquel momento estuvo a punto de volverse. De lanzar incluso un grito.

Porque se proyectaba una sombra sobre él.

Una sombra estrecha y larga.

CAPÍTULO II

VINIENDO desde las inmensas playas de coral bordeadas de cocoteros, viniendo desde aquel último rincón de Adán y Eva, no destrozado aún por las grandes empresas turísticas, el hombre que proyectó aquella sombra parecía haber surgido un poco del fondo de la selva. No desencajaba en absoluto en el ambiente refinado del hotel, que, sin embargo, estaba ahora lleno de muertos. Se trataba de un hombre alto, estirado, que tenía un cierto aspecto de severo profesor de Oxford. Vestía de negro, cosa extraña allí, y llevaba un maletín del mismo color.

Akbar, el elegante recepcionista, le conocía bien.

—Doctor Liman... —dijo.

El doctor Liman pidió secamente, sin inmutarse:

—Apártense.

—¿Para qué quiere que nos apartemos?

—Necesito el cadáver.

—Oiga, doctor Liman..., ¿está loco? Y si piensa que esto va a poder contarle en algún sitio, le aseguro que...

—Sí, ya sé —dijo el hombre vestido de negro—: todo el mundo lo desmentirá y las autoridades locales dirán que aquí no ha pasado nada. Que soy un loco. Pero no es eso lo que me interesa, puesto que yo no soy un político. Sólo soy un científico, y si he venido aquí tan pronto es para cumplir la última voluntad de un muerto.

—¿Qué muerto?

—El señor Pierce, naturalmente.

—¿El señor... Pierce?

Con un gesto fastidiado de funcionario a quien no acaban de entender, Liman abrió su maletín negro y extrajo un documento. Era legal y estaba visado por una alta autoridad indonesia. Lo puso delante de los ojos asombrados del jefe de aquella extraña tropa.

Este lo leyó sin ocultar su asombro. Se trataba de una especie de testamento, de un documento de donación en la que Pierce legaba sus ojos, en caso de muerte, a la institución que dirigía el doctor Liman y que tenía sus tentáculos en América y en Asia.

—En estos casos hay que darse prisa —fue todo lo que explicó el doctor Liman—. Los globos oculares se descomponen muy rápidamente y no pueden trasplantarse, si uno no actúa aprisa. Tenemos un caso patético en el Cathay Hospital, y quiero hacer la operación enseguida.

Había una rara autoridad en él. Se notaba que era un hombre acostumbrado a mandar, no por la violencia, sino por el prestigio. Todos los asaltantes, los seres primitivos que parecían haber surgido del fondo de la selva como en los mejores tiempos del capitán Cook, se retiraron maquinalmente.

El único que pareció ir a ofrecer resistencia fue Akbar, pero era un hombre inteligente y se dio cuenta de que le interesaba contar con la colaboración o, al menos, con el silencio del doctor Liman. Pese a contar con su apoyo por parte de las autoridades musulmanas de la región, lo que acababan de cometer era ni más ni menos que un asesinato. Si aquello no tenía resonancia internacional, nada ocurriría; de todos modos, era muy interesante que no la tuviera, por si acaso.

En consecuencia, gruñó:

—Está bien. Hágalo.

No resulta nada agradable ver extraer los globos oculares a un muerto. Muchas personas que legarían sus ojos para después del óbito, no lo hacen porque les horroriza esa macabra ceremonia incluso después de llegarles la muerte. Sin embargo, Ingrid, la viuda de Pierce, la mujer que lo había matado a traición, no se impresionó.

Akbar no pudo contenerse y barbotó:

—Maldita zorra... ¡Tú habías llegado a odiarle!...

—Me casé por el dinero —dijo ella, con toda desfachatez—. ¿Y qué? ¿No he nacido en un país libre? ¿No puede una mujer

americana elegir el momento de quedarse viuda?

El propio Liman no pudo contenerse. Estaba tan cerca de ella que podía rozarla. Pese a su rígida educación, adquirida en Oxford y en Harvard, crispó los labios y lanzó un escupitajo al centro de la cara de la mujer.

Esta no se inmutó.

Se limitó a limpiarse con el dorso de su mano y a murmurar:

—Hijo de perra.

—Siento que sea demasiado joven para ser mi madre —masculló él—, pero debería serlo.

—Váyase, Liman.

—Antes aún quisiera preguntarle otra cosa, señora viuda de Pierce.

—¿Qué cosa?

—¿Cuánto beneficio suele obtener de los hombres al convertirse en su viuda? A lo mejor me interesa.

La brutal frase chocó como una bofetada contra la cara de la mujer, pero ella también resistió. Con un simple parpadeo, dijo:

—Llévese pronto esos ojos o no le van a servir ya para nada, doctor. Se los tendrá que comer con salsa de tomate.

Uno de los que habían participado en el salvaje asalto, emitió un gruñido. Había visto a aquella mujer convertida en una asesina, pero nunca hubiera imaginado que, además, fuese tan cínica, tan perversa.

—Váyase, doc, pero tenga en cuenta una cosa. —Akbar se limitó a ordenar.

—¿Qué cosa?

—A usted le interesa mucho venir a Indonesia. Los occidentales no ceden sus ojos porque les interesa conservarlos incluso después de la muerte. Son egoístas y estúpidos. En cambio, la pobre gente de mi país tiene, a veces, que vender sus ojos en vida para así poder comer. Usted realiza aquí experimentos que en otro sitio no podría realizar de ninguna manera, doctor Liman.

—¿Y qué?

—Puede que le perjudicara mucho el que no le renovaran su permiso de estancia en el país, doc. Nosotros no tenemos aún el poder, pero pronto seremos los amos absolutos del gran

archipiélago indonesio. Y seremos los profetas que extenderán la fe por todos los rincones de este mar que se va volviendo impío. Si usted guarda silencio sobre lo que ha visto, nada le ocurrirá:

El médico ni siquiera parpadeó.

—Yo sólo soy un científico —dijo—, lo demás no me interesa.

—Pues obre en consecuencia, doctor.

El médico fue hacia la puerta, aferrando con fuerza el maletín. Pero cuando iba a salir, pasando por encima de los muertos, se volvió para susurrar:

—¿Cómo lo han conseguido?

—¿Conseguir qué? —preguntó Akbar.

—Organizar una batalla campal en un hotel de gran lujo sin que nadie se enterase. Ya veo que la servidumbre estaba formada por guerrilleros sin que nadie lo supiese, pero ¿y los huéspedes? ¿Cómo es que no se han enterado?

—Hay pocos huéspedes —gruñó Akbar—. Es baja temporada.

—Pero ¿y los que hay?

—¿Los que hay? ¡Je, je...! La gerencia, de acuerdo conmigo, los invitó a una excursión gratuita por los bancos de coral, en un buque con suelo de plástico transparente que aún no estaba estrenado. No se ha negado nadie. El único que no recibió la invitación, por razones fáciles de comprender, fue ese hijo de zorra, casado con una zorra.

Liman dijo, solamente:

—Guardaré silencio. Al fin y al cabo esto, a mí, no me interesa nada.

Y se alejó.

Akbar se volvió, entonces, hacia la preciosa mujer de veinte años. Hacia aquella esfinge de hielo, aquella asesina sin sentimientos, aquella muñeca de lujo que amaba por dinero y mataba por placer.

Hacia aquel prodigio de la belleza y del mal.

—Bueno... —dijo con voz siniestramente suave— Ahora nos vamos a entender tú y yo, preciosa. Ahora vas a hablar...

CAPÍTULO III

EL hombre estaba en el pequeño aeródromo de Penshawar, en el sur de Borneo, muy cerca de una zona de antiguos templos que sólo visitaba la élite del turismo mundial, unos cuantos elegidos que tenían el suficiente buen gusto para saber lo que querían y el suficiente dinero para pagarlo.

El aeródromo no tenía aire acondicionado, y unas aspas se movían cansinamente en el techo, como en los tiempos de la colonización holandesa. Un enorme lagarto parecido a una iguana descansaba en el techo, sin inmutarse ante el ajeteo de maletas que se desarrollaba tres yardas más abajo. Era inofensivo, y nadie sabía el tiempo que llevaba allí; para él no existían los calendarios, los relojes ni las prisas de los hombres. Unos coolies chinos al viejo estilo acarreaban maletas de un lado a otro, pues no había cinta transportadora. Lindas azafatas de la línea aérea nacional charlaban en un banco con fornidas australianas de la Quantas o la Garuda Airlines.

El hombre que ocupaba el centro del local, no había dirigido una sola ojeada a las preciosas mujeres que ocupaban aquel banco. Después de salir del bar, donde había tomado un refresco de piña, se dirigió a través de la sala a la gran pizarra luminosa que indicaba las salidas de las líneas aéreas interiores y la consultó. Iba a retirarse, después de ver lo que le interesaba, cuando tropezó con aquella mujer.

—Perdone —dijo.

Y fue a seguir.

Pero hubo algo extraño, algo desusado en aquel gesto, al menos

por parte de la hembra. Ella no le dejó seguir. De repente se quedó plantada ante él, mirándole asombrada, quieta, como si aquel tipo fuera una aparición de otro mundo.

Por supuesto que aquel hombre llamaba la atención, pero la hembra no parecía fijarse en su figura física, sino en algo más sutil, más pequeño pero, también, más importante. Ella no reparaba en la alta estatura de metro ochenta y cinco, ni en los poderosos bíceps que se marcaban bajo la tela del blanco traje bien cortado. Ella miraba solamente los ojos de aquel hombre, sus extraños ojos de un color gris claro.

—¿Ocurre algo? —preguntó él, con indiferencia— ¿Nos hemos visto en algún otro sitio?

—No... Creo que no.

—Pues entonces, buenos días.

Quizá cualquier otro hubiese aprovechado la oportunidad para iniciar una conversación con la mujer, ya que era ella la que había tropezado. Pero el extraño tipo parecía tener otras cosas en que pensar, cosas que nada tenían que ver con la belleza de unas curvas femeninas. Hizo un breve saludo y se alejó.

Había unas escaleras algo más allá.

Y una zona de servicios.

Confundidos, hombres y mujeres.

No se podía pedir demasiado lujo en un aeródromo que estaba siendo acondicionado y que, poco antes, era tan sólo una pequeña base militar.

El hombre descendió por aquellas escaleras y se dirigió al interior. La mujer, como hipnotizada, como guiada por una fuerza que venía desde lejos, le siguió lentamente. Algún viajero la miró con envidia, pero eso fue todo. Llegó al interior de los servicios.

El hombre ya salía de una de las pequeñas cabinas.

La estaba cerrando.

Pero ella vio lo que había dentro.

No pudo evitarlo.

Él no había tenido tiempo de cerrar del todo aún, y por eso la mujer le sorprendió. Fue algo muy breve, fue un simple parpadeo, pero llegó a verlo bien. Distinguió con claridad la bota del hombre que sobresalía a ras del suelo.

Se llevó las manos a la boca. No fue miedo, sino sorpresa, pura sorpresa ante algo que no esperaba. Inició un leve gemido.

Y entonces él preguntó, con una voz impersonal, fría, que parecía llegar de muy lejos:

—Parece que se ha dado cuenta, ¿no? En fin, más vale que se entere de todo. Así se quedará satisfecha.

Y abrió algo la puerta.

El tipo estaba allí. Caído sobre la taza del servicio. Con la cabeza ladeada en una posición grotesca. Desnucado. Sus ojos estaban espantosamente blancos, espantosamente abiertos.

El desconocido susurró:

—Y, ahora, procure olvidarse de todo esto.

Cerró la puerta, ocultando por completo el cadáver. Si por casualidad alguien elegía aquella cabina, entre las diez que había, iba a llevarse una buena sorpresa. Luego se volvió de nuevo hacia la mujer.

A ella le temblaban levemente los labios. Balbució:

—Ese hombre lleva un uniforme militar...

—Pero no lo es. Va disfrazado. Y ahora, si es que le va a dar el ataque de histeria, avíseme con tiempo. La meteré de cabeza en una de las cabinas hasta que se desgañite.

A ella no le dio el ataque de histeria. Al contrario, se quedó clavada en el suelo y tan quieta como si no pudiera respirar. Lo que le parecía inconcebible era que aquel hombre hubiera podido matar a su enemigo sin hacer el menor ruido y con aquella limpieza.

Pero si le quedaba alguna duda sobre cómo se habían producido las cosas, pronto tuvo una demostración práctica. De repente alguien más bajó por las escaleras de piedra. Era un tipo que también usaba un uniforme militar y que parecía uno de los ayudantes del aeródromo. Llevaba una metralleta bajo el codo derecho.

Y no tuvo el menor inconveniente en usarla.

Ver al hombre y querer convertirlo en un colador fue todo uno. Llevó los dedos al gatillo. Fue a apretarlo.

Incluso tuvo la sensación de que lo había hecho. De que había cumplido con su deber.

No pudo quejarse, puesto que eso le sirvió para morir feliz.

Cuando el dedo se iba a cerrar sobre el gatillo, él ya había recibido aquella cuchillada en el corazón. El hombre del traje claro se había sacado el cuchillo de la manga como el que se saca una carta falsa.

Lo lanzó con un seco movimiento. El cuchillo, tenía mango de plomo y voló y voló como un proyectil. Se clavó hasta las cachas en el tipo de la metralleta.

Fue todo muy suave, siniestramente suave.

Metió el segundo cadáver en otra de las cabinas y cerró. Luego se quedó tan tranquilo. Aquello parecía haberle fastidiado bastante menos que ir a comprar cigarrillos a una máquina que no funcionaba.

—Espero que esto no tenga demasiados visitantes —fue todo lo que dijo—. A tío por cabina, se me van a acabar muy pronto.

Salió de allí. La mujer parecía completamente paralizada por el asombro. Pero si creía haber visto todo lo que se podía ver, estaba muy equivocada.

La fiesta empezaba entonces.

El coche de brillante color amarillo se detuvo entonces, en la pista, junto a la sala de espera del aeródromo, y de él descendieron dos hombres. También usaban uniformes que parecían militares y cada uno de ellos llevaba una metralleta.

Por su actitud, por sus gestos, los que estaban en la sala adivinaron que algo iba a ocurrir. Un par de mujeres se arrojaron instintivamente al suelo. Algunos hombres saltaron detrás de las butacas.

Y las metralletas ladraron, entonces.

Ladraron como canes rabiosos.

Todo un panel de pared quedó cribado por los balazos. Un gran cuadro en el que estaba representado el presidente Suharto, se convirtió en pulpa de madera.

Unos equipajes saltaron por los aires. Un hombre se puso a aullar con una bala en la mejilla.

Toda aquella rociada de plomo, toda aquella bienvenida infernal iba dirigida al hombre de la tez morena y el traje claro, al joven cuyos ojos tanto habían llamado la atención de la hembra. Pero éste había sido el primero en adivinar lo que se venía encima apenas vio saltar del coche a los dos agentes. Lo primero que hizo

fue lanzarse de cabeza contra una de las ventanas, que convirtió en pedazos con el impulso de su cuerpo.

Se le vio rodar bajo el sol implacable y blanco. Varios gritos sonaron en la pista. Un empleado del aeródromo corrió hacia él.

Y trató de detenerlo.

El chasquido de la mandíbula rota se oyó hasta el otro lado de la pista.

El empleado rodó por los aires.

Se estrelló contra uno de los transportes de los equipajes. Una vez allí quedó K. O.

El joven del traje claro corrió en zigzag por el principio de la pista, para esquivar los balazos. Los transportes de equipajes que había aquí y allá, representaron su salvación.

Las balas hicieron saltar las maletas, las cajas, los motores eléctricos de los transportes. Lo hicieron saltar todo, en una especie de danza macabra donde se mezclaban la confusión y la muerte. Un avión que iba a tomar tierra en la pista remontó de nuevo el vuelo al darse cuenta el piloto de lo que sucedía, con un rugido estremecedor de motores.

El hombre del traje claro se dio cuenta de que sus posibilidades eran mínimas y de que no podía intentar huir por la sala del aeródromo. Se dirigió, entonces, al coche amarillo que los agentes habían dejado a un lado de la pista.

Saltó al volante.

Sus movimientos eran ágiles como los de una pantera. Había momentos en que resultaba casi imposible seguirlos con la vista.

Como el coche estaba en marcha, no tuvo más que arrancar directamente en segunda, para tener ya en principio más velocidad, dar gas, y salir disparado. Las metralletas giraron hacia el bólido mientras una nube de fuego salía de sus cañones.

Toda la parte posterior del coche resultó acribillada, pero el hombre que lo conducía no se inmutó. Fue, a toda velocidad, al extremo de la pista, como si quisiera despegar, aun sabiendo que le cortarían el paso.

Y, en efecto, lo vio por la parte superior del parabrisas, inclinando todo lo posible la cabeza como si tratara de mirar al cielo.

El avión de entrenamiento estaba allí. Era un “Curtís” muy viejo, pero reformado hasta el último detalle, perfectamente maniobrable a baja altura y armado con dos ametralladoras de calibre pesado. Con un avión más moderno y más rápido, no se hubiera podido hacer probablemente, lo que aquel avión hizo casi a ras de tierra.

Salió volando desde detrás de un hangar, pero a una altura máxima de tres metros. Fue casi como un coche que dobla una esquina.

Pasó por encima del vehículo amarillo.

Giró, hábilmente, para situarse a un lado.

Y escupió fuego con las dos ametralladoras a la vez. En la primera pasada, los plomos se llevaron por delante todo el techo del coche amarillo. Lo arrancaron materialmente del resto de la carrocería.

El hombre del traje claro hubo de inclinar la cabeza con un movimiento instintivo, pues las balas pasaron tan cerca, que tuvo la sensación de que se le iban a llevar los sesos. El automóvil dio un bandazo. El aire aulló en su interior, a causa de la velocidad fantástica que llevaba.

Pero, al no tener nada encima de su cabeza, el conductor pudo ver perfectamente lo que pasaba encima de él. Y así vio al “Curtís” aparecer, otra vez, por encima del hangar, después de dar la vuelta. Ahora volaba un poco más alto, pero era para tener un poco más de margen al iniciar la maniobra.

Su piloto demostró una fantástica habilidad.

Hizo un rizo perfecto.

Segundos después estaba situado tras el coche mientras, desde todos los puntos del pequeño aeródromo, la gente miraba, fascinada, aquel insólito espectáculo. Un coche ya medio destrozado contra un avión, por muy viejo que éste fuese. En aquel rincón perdido del mundo, jamás habían visto nada semejante.

Las ametralladoras tabletearon otra vez.

Se llevaron por delante los parachoques, los guardabarros, la luneta posterior, lo que quedaba del techo... La pasada fue fulgurante, atroz, pero no llegó a alcanzar el asiento del conductor ni el piloto pudo rectificar el tiro. Un momento después, a causa de

su superior velocidad, ya había tomado la delantera al coche.

El piloto maniobró de nuevo.

Una de las alas casi rozó contra el suelo, al girar.

Su habilidad era prodigiosa.

Pero el coche amarillo se lanzó a toda velocidad hacia uno de los hangares, que estaba abierto, y salió por el otro lado. La racha de fuego de las ametralladoras se llevó, esta vez, por delante, parte del andamiaje metálico del edificio.

El hombre del traje claro apretó los labios en una mueca que parecía de desesperación mientras se daba cuenta de la nueva y hábil maniobra del piloto. Este ya estaba de nuevo encima, pero ahora la maniobra había sido más perfecta aún y se encontraba delante del coche amarillo.

Venía lanzado contra él desde un punto del horizonte.

Tan bajo volaba el “Curtis” que parecía como si los dos vehículos se hubieran de encontrar. Las ametralladoras tabletearon rabiosamente de nuevo.

Y el conductor del coche supo que ahora la vida y la muerte estaban sólo en sus dedos. Dio un giro atroz al volante. El coche patinó, se bamboleó, pareció a punto de volcar y, de pronto, volvió a aposentarse sobre las cuatro ruedas mientras daba una vuelta sobre sí mismo.

Pero el resultado fue que no estuvo ni dos décimas de segundo en el mismo sitio. La ráfaga de ametralladora pasó a ambos lados, le rozó y siguió adelante hasta perderse en la hierba lujuriante que rodeaba las pistas.

Nuevamente el piloto del “Curtis” hubo de girar. La habilidad que estaban demostrando los dos hombres era asombrosa y había cortado las respiraciones a los testigos de aquel inesperado drama. Gracias a ser el “Curtis” un tipo de avión muy usado por los equilibristas aéreos, pudo hacer una maniobra que desencajó los ojos de los espectadores. Dio una vuelta de campana a menos de veinte metros del suelo.

¡Y otra vez se situó delante del destrozado coche!

El joven que iba en él, dio otro frenético bandazo. Las ruedas patinaron sobre la hierba y se introdujeron de nuevo en la pista.

Al extremo de ésta se disponía a tomar tierra un “DC-9”, avión

que no es muy grande, pero que podía ser considerado gigantesco, en comparación con el “Curtis”. El piloto de éste aún no lo había visto. Sus ojos estaban clavados únicamente en el coche.

Movió la palanca hacia adelante. El morro del avión descendió aún más, hasta casi rozar el suelo.

Situado así, tenía al coche amarillo delante y un poco por debajo suyo, o sea colocado perfectamente en el punto de mira de las dos ametralladoras. Por muchas cosas que hiciera el hombre de los ojos claros, no iba a poder salir del amplio campo de fuego que dominaban las dos armas.

Apretó el botón del disparador que estaba en la palanca de mando. Un chorro de plomo brotó a derecha e izquierda, envolviendo al coche amarillo en un vendaval de muerte.

La carrocería saltó en pedazos.

Las ruedas fueron destrozadas.

El asiento posterior salió despedido por el aire, a través de un techo que ya no existía.

Pero algo más salió despedido también, y el piloto del “Curtis” se dio cuenta de eso demasiado tarde. Como todo ocurría en cuestión de segundos, no se le podía pedir que estuviera atento a todos los detalles que se sucedían vertiginosamente. Como el coche delantero tampoco tenía luces en la parte posterior, nada le advirtió que acababa de frenar violentamente para disminuir la velocidad de una forma instantánea.

De ciento cincuenta, el coche pasó a cien, a noventa y a treinta. Aún estaba en esa velocidad, o sea que no había tenido tiempo de detenerse, cuando el hombre que lo conducía saltó. Rodó por la pista mientras el coche amarillo estallaba, de repente, en un mar de llamas.

Las dos ráfagas se habían concentrado en él. El depósito de gasolina acababa de estallar. Lo poco que quedaba de aquel magnífico vehículo salió despedido en todas direcciones.

El “Curtis” pasó por encima, pero entonces y sólo entonces se dio cuenta el piloto de que estaba cara a cara con un “DC-9”. Los dos aviones iban en línea recta uno hacia otro.

Los ojos del piloto y el copiloto, se habían desencajado. Desde la torre de control llegaban unas frenéticas órdenes que ya eran

inútiles. Intentar remontar el vuelo era exponerse a una catástrofe, de modo que los dos hombres que llevaban detrás a más de ochenta personas decidieron afrontar lo inevitable.

El del pequeño biplano “Curtis” usó toda la prodigiosa agilidad del aparato, pero ya era demasiado tarde. Lo único que hizo fue desviarse un poco. Su morro chocó frontalmente contra un ala del “DC-9”.

Esta casi se partió, pero no hubo obstáculo para que el aparato tomara tierra, aunque dando un terrible bandazo que lo hizo salir de la pista. Del “Curtis” en cambio, no quedó nada. Tras dar una vuelta completa en el aire, que lo proyectó contra un hangar, estalló en una bola de fuego al llegar al suelo. Materialmente quedó partido en pavesas.

El hombre que hasta entonces había pilotado el coche amarillo, se levantó en la pista y se sacudió el immaculado traje blanco. Con gestos tranquilos, avanzó hacia donde estaba un aparato de la Japan Airlines que cerraba su ruta en Sidney. Algunas personas subían ya por la escalerilla, mientras en el resto del aeródromo imperaba el caos.

Los dos únicos coches de bomberos acudían a sofocar el incendio del “Curtis” para que no se propagara. Un camión lanzaespuma estaba inundando el “DC-9”, pese a que ya no había peligro de que éste entrara en ignición. El aullido estridente de una ambulancia rasgaba la quietud del cielo.

Por supuesto que los pilotos japoneses del aparato que estaba cargando pasaje, se habían dado cuenta de lo ocurrido, pero precisamente por eso tenían más prisa que nunca en salir. No querían verse envueltos, no sólo en un lío de balas, sino también en un incidente diplomático.

Aquel hombre se dirigió a la escalerilla cuando ya casi la estaban retirando.

No tenía problema para subir. Se había provisto ya de la tarjeta de embarque antes de que el tiroteo empezara.

La azafata susurró:

—No ha pasado usted el control de armas, señor.

Era verdad. El hombre susurró:

—¿Por qué no me controla usted?

—Lo haré con mucho gusto —dijo ella, con una sonrisa cómplice—. Supongo que cuando estemos arriba siempre me quedarán cinco minutos libres.

CAPÍTULO IV

DEJANDO atrás las maravillosas islas sobre las que domina Yakarta, el avión de la Japan Airlines, había entrado ahora en la recta final de una de las líneas comerciales más importantes del mundo. Casi todos los aparatos que desde el corazón de Europa van a la India, a Singapur o a Bangkok, tienen su última estación de llegada en Melbourne o en Sidney. Aunque no resulta aún demasiado elevado el número de pasajeros que se desplaza a Australia, el continente tiene tal porvenir que las grandes compañías internacionales están interesadas en mantener la línea. Air Trance pierde, por ejemplo, dinero en su trayecto a Shanghái, que es puramente de prestigio, pero quizá dentro de poco se convierta en uno de sus viajes más rentables.

La linda azafata japonesa, una alta, muchacha de piernas largas y rectas, había pasado bastante rato con el viajero de los ojos claros en uno de los asientos posteriores del semivacío avión. Si algo ocurrió —y ocurrió— la prestigiosa compañía no lo supo. De lo único que la compañía llegó a enterarse fue que la detención de aquel hombre era insistentemente reclamada por radio, por las autoridades de Yakarta, pero los japoneses no quisieron saber nada con aquel problema. En todo caso, ya se encargaría de eso la Interpol.

Cuando el avión tomó tierra en Sidney, ya era de noche. Los funcionarios de inmigración tenían un aire cansino y aburrido después de una larga jornada de trabajo. Los coches negros marca “Austin” aguardaban en el interior, alineados con pulcritud inglesa. Había momentos en que uno se creía trasladado a un rincón de las

Islas Británicas.

Las luces del Hilton brillaban en las alturas cuando el hombre de los ojos claros llegó allí. No llevaba equipaje. Ordenó al taxi que aguardara y entró para pedir una habitación. El pasaporte que entregó era yanqui.

El empleado anotó los datos.

Nombre: Luc Barness.

Lugar de nacimiento: Nueva Orleáns, Louisiana.

Edad: 28 años.

Profesión: agente comercial.

Un agente comercial puede ser cualquier cosa, porque puede, por ejemplo, dedicarse a representar una firma de fabricantes de ataúdes. Quizá aquel hombre alto y de ojos claros se dedicaba a una cosa así. En todo caso, había algo en él que producía intranquilidad.

—La habitación 811, señor.

—Gracias. ¿Está abierta la oficina de cambio?

—Al fondo a la derecha, señor.

Él se dirigió al sitio indicado y extrajo un buen paquete de dólares. Los cambió por moneda local y con ella volvió a salir para pagar el taxi que le aguardaba. En todo eso empleó unos cinco minutos. A continuación se dirigió a la habitación 811.

En los grandes hoteles asiáticos o americanos nadie le acompaña a uno a la habitación, y como aquel huésped no llevaba equipaje, nadie más tenía que subir a ella. Él empujó la puerta y vio el interior.

El bar individual.

El espejo que indicaba la puerta del cuarto de baño.

El aparato de televisión, funcionando.

La mesa escritorio.

El sofá muy ancho.

Y la seductora mujer que ocupaba la mitad de éste.

* * *

Ella se deslizó felinamente, para ponerse en pie. Llevaba un dos piezas ceñido, sabio, casi diabólico. Tenía las manos apoyadas sobre las anchas caderas y, además, tenía una sonrisa turbia en la boca.

—Bien venido a casa, Luc —susurró.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo han dicho en Recepción.

—¿Y cómo sabes que me han dado este cuarto?

—También me lo han dicho en Recepción. Y además me han entregado una llave doble.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de cien dólares.

—¿Y cuándo has podido pagarlos, si yo acabo de llegar?

—Muy sencillo, después de contratar la habitación, has ido a cambiar dinero y a pagar el taxi, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—Has estado fuera unos cinco minutos. Durante esos cinco minutos, yo he ajustado el trato y he subido aquí.

—Muy amables esos chicos de Recepción —dijo Luc Barness suavemente.

—Están ahí para ganarse la vida, como todo el mundo.

Luc Barness la miró fijamente.

Era bonita.

Tentadora.

Una de las hembras más jóvenes, más potentes, más incitadoras que había visto.

Y estaba allí, muy quieta.

Musitó, sencillamente:

—¿Por qué?

—Debe ser porque me gustas.

—¿Cómo te llamas?

Ella sonrió.

—¿Crees que mi nombre importa? —dijo.

—Quizá eso no, pero otra cosa sí.

—¿Qué cosa?

—Uno no tiene ya pretensiones —dijo Luc Barnes, quedamente—. Uno se va haciendo viejo. Y uno se pregunta si es posible enamorar en dos minutos a una mujer sensacional, a la que sólo ha visto uno vez en el pequeño aeródromo de Penshawar, antes de que se organizara aquella fiesta.

—Claro que es posible —musitó la tentadora mujer—, ¿Por qué no lo pruebas?

Luc Barness, sin responder, fue al bar privado. Lo abrió con la llave que iba contigua a la de la habitación y sacó dos botellines individuales de whisky. Luego preguntó:

—¿Tú también viajabas en el avión de Air France?

—Sí.

—Pues es extraño. No te he visto.

—Claro. Hablabas con la japonesa...

Luc la estrechó en sus brazos.

La besó.

El hombre que vigilaba la extensa playa de estacionamiento, frente al hotel, no supo lo que pasaba.

Pero la luz de aquella habitación del piso octavo estuvo encendida durante toda la noche.

CAPÍTULO V

POR muy acostumbrado que esté un hombre a enfrentarse a toda clase de aventuras, el cansancio acaba haciendo mella en él, así, cuando amanecía, la luz de la 811 se apagó. Y hasta las once de la mañana siguiente, el hombre que la ocupaba no empezó a dar otra vez, síntomas de vida.

Los síntomas de vida fueron muy sencillos.

Se despertó con los ojos todavía nublados.

Fue al bar privado.

Sacó otro botellín de whisky.

Se lo bebió a chorro.

Luego fue a la ducha.

Se pasó un cuarto de hora bajo el agua fría.

Por fin salió, completamente resucitado. Y sólo entonces se dio cuenta de que la preciosa hembra ya no estaba con él.

No sabía por qué, pero hasta aquel momento había pensado que seguía descansando a un lado de la gran cama. Fue sólo el salir de la ducha, cuando se dio cuenta no sólo de que había desaparecido, sino de que, además, había dejado una pequeña nota sobre la mesilla. Esa nota decía, tan sólo:

QUIZÁ NOS VOLVAMOS A VER ALGUNA VEZ

Luc Barness la miró pensativamente, la convirtió en una bolita y la arrojó a la papelera mientras empezaba a vestirse. Al salir de la habitación fue en línea recta a la barbería del hotel, porque su cara empezaba a estar gris, y luego desayunó frugalmente. A continuación se dirigió a una elegante tienda de ropa confeccionada del mismo hotel para sustituir su traje blanco por

otro gris perla.

La calle hervía de animación y de tráfico comercial, pero era triste. Luc Barnes lo había notado cien veces: son tristes las calles de las grandes ciudades en que se ven pocas mujeres o en las que esas mujeres van sólo al trabajo y se mueven como autómatas, igual que los hombres. Son tristes los días que dedicamos sólo al dios Producción, al sumo sacerdote de los altos hornos y de las oficinas sin ventanas. Son tristes los continentes ricos en los que los hombres no pasan hambre, pero llegan al final de sus vidas sin haber conocido quizá más que unos breves minutos de amor.

Y eso le pasaba a Sidney, a la potente, a la insaciable. A Luc Barnes le gustaba más Bangkok, le gustaba más Delhi, pese a su suciedad; le gustaba más, incluso, la Nueva York de las negras opulentas. Todo Australia era, por el momento, un inmenso horno donde sólo se iba a trabajar. Luc Barnes hizo una mueca y pensó que pronto se largaría de allí.

Vio a poca distancia las oficinas de la TWA.

Se coló en ellas.

Entre Australia y la costa occidental norteamericana hay vuelos con frecuencia, de modo que no existía problema por aquel lado. Luc Barnes compró un pasaje hasta San Francisco y se dispuso a largarse. El avión tenía su salida cuatro horas después.

Decidió volver al hotel, pagarlo, y dirigirse enseguida al aeropuerto. Daba por descontado que los hombres que habían tratado de matarle en el aeródromo de Penshawar sabían que estaba en Sidney. ¿Quién era capaz de asegurar que no intentarían algo, allí?

No le preocupaba su piel, sino que le preocupaban otras cosas. Tenía un trabajo que no podía dejar de realizar, un trabajo en el que, en caso necesario, estaba obligado a dejarse la vida.

Al salir de las oficinas de la TWA se dirigió al primer taxi que esperaba en una larga hilera.

Y fue entonces cuando sucedió por primera vez.

Lo vio todo borroso.

El taxi desapareció.

Se hizo de color gris. Luego amarillo. Terminó siendo espantosamente rojo.

Luc sintió que se tambaleaba.

No entendía lo que podía ocurrirle.

Luego todo volvió a la normalidad. El taxi recuperó su color negro. La calle, que parecía haberse volatizado, se hizo otra vez ancha y ruidosa. A Luc Barness le pareció increíble que unos segundos antes hubiera podido sufrir aquella especie de desvanecimiento.

Penetró en el vehículo.

Y entonces el hombre que estaba dentro, dijo:

—Buenos días, Luc.

La pistola se le clavó en el vientre.

* * *

El fulano no disparó. Debía ser un hombre caritativo, en el fondo, o quizá pensó que hay zonas de la anatomía humana en que una bala resultaba muy jorobante.

—Siéntate, Luc. Tú, Branier —dijo.

Branier debía ser el falso taxista. Murmuró:

—¿Dónde?

—Da vueltas por ahí.

—Si has de matarme —dijo pensativamente Luc Barness—, hazlo en un parque donde haya flores tropicales. Me derrito por ellas.

—No creo que vaya a matarte aún, Luc —dijo el desconocido, mientras el coche arrancaba—. ¿Llevas armas?

—Ahora no.

—Pues ésta ha sido una buena lección. Mejor será, que no la olvides. Tú, el superagente, el hombre que siempre sale bien de los líos, has estado a punto de conseguir que te mataran como a un niño.

—No siempre salgo bien de los líos —susurró Luc— Al contrario, últimamente las cosas me han ido muy mal.

Y señaló la cicatriz de bala que tenía en la sien izquierda. Se notaba bastante, a pesar de que él, a veces, la disimulaba con el pelo. Lo que parecía increíble era que un tipo que había sufrido aquel brutal impacto pudiera seguir palpitando sobre la tierra.

—Sí —repitió—, últimamente me han ido muy mal...

—Esta pudo haber sido la peor —advirtió el desconocido

mientras guardaba el arma.

Disfrutaba con la certeza de que pudo haber matado a uno de los mejores agentes de su país. Con la seguridad absoluta de que había sido más listo que él.

—No hubiese cometido esta distracción si no llega a pasar algo raro —dijo Luc.

—¿Algo raro? ¿Qué?

—Por un momento he tenido la sensación de que me volvía ciego.

—Pues es una bonita broma. ¿Tienes la tensión arterial bien?

—Perfecta.

—Entonces es un residuo de esa herida. Supongo que la bala que recibiste ahí te llegó a afectar el cerebro.

—Tal vez, pero no había notado nunca la menor anormalidad.

—Esas cosas no ocurren el primer día. Son lentas... En fin, no quiero asustarte. Al fin y al cabo te pagan para eso.

—Sí —dijo quedamente Luc, con la mirada perdida—. Me pagan mal, pero me pagan.

—¿Tienes el billete para San Francisco?

—Salía de comprarlo.

—Está bien —murmuró el desconocido—. Entonces nos dirigimos al hotel. Yo soy el encargado de protegerte, ¿sabes?

—Hasta ahora no he necesitado niñera — gruñó Luc.

—Oye, marrano, no desprecies una ayuda que tú no pagas, sino que paga el gobierno del Tío Sam. ¿Sabes cómo me llamo? ¿No te he dicho mi nombre?

—Menos Greta Garbo te puedes llamar de cualquier modo, macho.

—Mi nombre es Elmer.

Luc Barness echó un poco la cabeza hacia atrás.

—¿Elmer, el que estuvo a punto de ser campeón mundial de tiro? —musitó.

—Modestamente, el mismo. Y todavía le puedo atizar al ojo derecho de una mosca a cuarenta yardas de distancia, de modo que me han encargado darte el biberón hasta que subas al avión. Suponen que debes estar bastante hecho polvo, después de lo que ha sucedido.

—¿Quién lo supone?

—Los jefazos de la Agencia, ¿quién va a ser?

Luc arrugó un poco los labios, al oír mencionar a la CIA, pero se calló.

—Te saliste bien del lío de Penshawar —dijo Elmer.

—No me quedaba más remedio que salirme bien, o reventar. Elegí lo primero.

—¿Sabes que el gobierno indonesio va a pedir tu extradición? Por eso es mejor que estés, cuanto antes, fuera de Australia. Y por eso es conveniente que viajes en una línea americana, ¿sabes? Como, para venir aquí, viajaste en una línea japonesa.

—Son precauciones que no olvidaría ni un novato —murmuró Luc Barness.

Elmer gruñó:

—¿Tienes idea de quiénes eran los que te querían pagar el entierro?

—Imagino que miembros de la Liga Santa.

—Sí, claro, los de la Liga Santa... Son los árabes más exaltados que conozco y, como todos los árabes, unos tremendos reaccionarios, con una filosofía política que es casi medieval. En el fondo no me extraña que Hitler fuera tan amigo de los mahometanos; creían lo mismo que él. Por otra parte, el ABC de la política exterior funciona sobre esta premisa, y el que no la vea es tonto: los árabes jamás se entenderán con los rusos. Con la única excepción de Argelia —y aún veremos lo que dura—. Siempre se entenderán con la derecha.

—Estoy convencido de ello —dijo Barness—. No en vano me he pasado varios años en sus universidades. A veces me confundo, pensando si soy uno de ellos.

—No, no lo serás nunca.

—¿Pero cómo han llegado al poder los de la Liga Santa? Ni me había enterado de que eso hubiera sucedido, cosa que no comprendo. Me asombró la tranquilidad con que muchos de ellos usaban uniformes militares.

—Pura fanfarria, muchacho. Todo falso. Usan uniformes militares para dar el pego, porque saben que nadie les va a pedir la documentación viéndoles tan decididos. Pero quizá sea cierto eso

de que consigan el poder muy pronto, si alguien no lo evita. Por el momento son una organización ilegal, pero esperan dejar de serlo.

Y añadió, mientras encendía un cigarrillo:

—Tú sabes bien que Indonesia es hoy un Estado mahometano, ciento por ciento. Todos los rivales de los que profesan la ideología árabe fueron eliminados. Se habla de 400.000 ejecuciones en los últimos años Nada menos que 400.000... Después de la caída de Sukarno, eliminados todos los comunistas, pues ese partido político era casi tan fuerte en Indonesia como en la propia China Roja. Pero no sólo fue eso... Los ciudadanos chinos, que eran comerciantes o artesanos prósperos, fueron también ejecutados en masa o expulsados del territorio, previa la confiscación de bienes. En parte nosotros, los norteamericanos y más concretamente la CIA, fuimos culpables de eso, muchacho. Ayudamos a crear un fuerte Estado anticomunista para evitar que toda aquella inmensa zona cayera bajo la influencia de China Roja, lo cual hubiera sido, militarmente, un desastre.

Dio unas lentas chupadas a su cigarrillo. El taxi se atascaba con frecuencia en el intenso tráfico durante su camino hacia el hotel. Luego continuó diciendo:

—Por descontado que la CIA ha participado en todo lo que fuera asentamiento de las derechas, en la mayor parte de los países del mundo. Nuestra política se ha dirigido a crear unas zonas de seguridad, para nuestro país, y así lo mismo hemos apoyado a Cao Ky que Hassan II eliminando todo obstáculo que se interpusiera en el camino de esos personajes.

—Claro que lo sé —gruñó Luc.

—Pero ahora las cosas están cambiando en algunos rincones del mundo —continuó Elmer—; por ejemplo, la división entre los árabes y el hecho de que empleen el terrorismo como arma habitual, nos obliga a reconsiderar algunas actitudes. Por otra parte, se ha producido una distensión con China Roja. En cambio desde Yakarta se están dictando órdenes que podríamos considerar imperialistas. Tienes un buen ejemplo de ello en la invasión de Timor.

—Un ejemplo muy claro... —susurró Luc—. Y estoy seguro de que habrá otros casos, más adelante.

—Nuestros jefes —dijo Elmer con voz tranquila—, no creen lo

que tú dices, ahora. Por el contrario, piensan que los actuales dirigentes del régimen de Yakarta mostrarán prudencia y no llevarán las cosas más lejos... a menos que triunfe ese partido de musulmanes exaltados llamado la Liga Santa. Los actuales dirigentes indonesios, como tú sabes bien, son musulmanes convencidos, y algunos de ellos incluso fanáticos, pero no llegan ni con mucho a la ideología de los de la Liga Santa, que son auténticos personajes de la Edad Media. Tratan de hacerse con el poder, y para ello usan un sistema que en países con exceso de población y donde los muertos no importan, da resultado casi siempre.

—¿La provocación? —musitó Luc.

—Sí, eso es: la provocación. Tratan de iniciar una matanza entre los ciudadanos chinos que quedaban en el país o los que han ido volviendo, acusándoles de que son comunistas.

—No me cabe la menor duda de eso —dijo, pensativamente, Luc.

—La matanza que puede originarse —continuó Elmer—, será de efectos incalculables y producirá un auténtico desastre. En este momento, los dirigentes de Pekín saben que Yakarta no puede ya contar con el apoyo incondicional de los norteamericanos, y, por lo tanto, responderán adecuadamente. Es muy posible que se cree un verdadero conflicto en la zona. No sé si conoces esos datos, pero China Roja posee hoy una de las primeras flotas del mundo.

Luc Barness hizo un gesto afirmativo.

—Hace poco conseguí fotografiar un submarino nuclear chino, cerca de Shanghái —musitó.

—Por lo tanto a nuestro Gobierno le interesa —continuó Elmer—, que se mantenga por lo menos el status en la zona. Esta vez estamos trabajando para conservar la paz. Si China Roja reacciona como esperan los de la Liga Santa, se creará en Indonesia un estado de alarma nacional que les dará el poder a ellos, a los más exaltados, los más nacionalistas y los más fanáticos... A partir de ahí, una auténtica guerra es posible, y nosotros quizá nos veamos envueltos en ella. Por lo tanto se trata de millones de vidas que nosotros podemos salvar al luchar contra ese grupo de fanáticos.

Arrojó su cigarrillo al cenicero del taxi.

—Por eso debes llegar a Estados Unidos, Luc —dijo—. Ya

trataron de matarte en Peshawar y tratarán de matarte otras veces, pero debes llegar como sea. De ti depende el que una auténtica carnicería pueda ser evitada.

Luc Barness cabeceó. Estaba convencido de eso, pero había cosas que no entendía. Mientras en la próxima esquina se vislumbraba ya el orgulloso rascacielos del hotel, dijo en voz muy baja:

—De todos modos, es curioso, Elmer. No sé lo que estoy haciendo, y creo que ésta es la primera vez que le ocurre a un agente secreto de los que obran con completa autonomía, es decir, un agente en quien se confía a ciegas. Primero se me envía a una misión en Yakarta, me clavan un balazo en la sien y logro recuperarme casi por milagro. Desde entonces han intentado matarme, pero no sé por qué. ¿Qué es lo que debo llevar a Estados Unidos? ¡Ni sé nada, ni me han dado nada! ¿Qué documentos tengo? ¿De qué clase de mensaje soy portador? ¿Qué es lo que he logrado sacar de Indonesia?

—Las cosas nunca son tan sencillas, muchacho —dijo Elmer—. Todas las preguntas no pueden contestarse al mismo tiempo.

—Pero hay algo que sí que me puedes contestar: ¿qué diablos transporto?

—Nada.

—¿Pues entonces qué hago? ¿Para qué diablos me estáis utilizando?

—Vas a transportar la cosa no desde Indonesia, sino desde aquí. La cosa es lo que te entrego ahora.

Se sacó su reloj. Con gesto decidido, dijo:

—Dame el tuyo.

—¿Para qué?

—Lo sabes perfectamente. Dentro de mi reloj está el mensaje. Es de la misma marca que el que llevas ahora. No notarán el cambio.

—¿Y cómo está el mensaje? Sabes perfectamente que el reloj será la primera cosa que registrarán si me echan la zarpa encima.

—Claro que sí. Elemental, querido Watson, como se dice en las películas de Sherlock Holmes. Pero no encontrarán nada. Tu reloj lleva grabados cuatro nombres.

—¿Cuatro?

—Sí. Uno, en la cadena. Parece la marca del fabricante que la ha lanzado al mercado. Otro, en la tapa de oro del reloj. Cualquiera que lo vea dirá: “Es la marca”. Y no le llamará la atención. Pero dentro hay dos más. Uno, en el bloque: no coincide con el nombre del fabricante. ¿Sabes qué posibilidades hay de que se fijen en eso? Sólo un quince por ciento. Por último hay un sistema antichoque donde se empotra la maquinaria y que lleva también una marca. Dice: “Kroger Special”. Pueden creer que el antichoque lo ha fabricado un tipo especializado que sólo se dedica a eso. Total, cuatro hombres, seguidos de un número que significa una clave. Los llevarás a Estados Unidos con una facilidad pasmosa..., o al menos eso espero.

—¿Facilidad pasmosa? —gruñó Luc, mientras el taxi entraba ya en la playa de estacionamiento del hotel—. Tiene gracia... Han estado intentando matarme desde que me pusieron el ojo encima y a eso le llamas “facilidad”... ¿Pero qué significan esos cuatro nombres?

—Significan el fruto del sacrificio de algunos de nuestros mejores agentes —explicó Elmer, en voz más baja aún—. Ha costado mucho averiguarlo porque se trataba de un ultrasecreto. Son los nombres de dirigentes de cuatro organizaciones políticas y bancarias de nuestro país que están financiando a la Liga Santa, lo hacen no por unos motivos ideológicos, sino porque esperan obtener grandes provechos materiales cuando el Gobierno del país cambie.

Luc lanzó un leve silbido.

—Ya sé adónde vas a parar —musitó—. Eliminados esos cuatro nombres, controlando el dinero que envían, se acaba la Liga Santa y se acaba todo, ¿verdad? Faltos de fuentes de financiación, esos extremistas ya no harán nada y, por lo tanto, las cosas no cambiarán en Indonesia, ni se ensuciarán las relaciones con China.

—Veo que lo entiendes a la perfección, muchacho.

—Pero hay muchas cosas que no veo claras. O, mejor dicho, una.

—¿Por ejemplo?

—Tú ya tenías esa información antes de que llegase yo, ¿verdad?

—Claro... La conseguí hace muy poco.

—¿Pues por qué no viajas directamente a Estados Unidos y la entregas? A ti no te vigilan.

—Te equivocas. Me vigilan estrechamente. Medio mundo sabe que soy el representante de la CIA en Sidney.

—En todo caso, el asunto está mal planteado. No te vigilarán tanto como a mí, al que vienen protegiendo los perros de presa desde que puse los pies en Indonesia. Has entregado la documentación al hombre al que más probabilidades tienen de atrapar. Hubiera sido mucho más sencillo dárselo a... a...

Y de pronto se detuvo. Sus ojos se velaron un momento mientras los clavaba en la cara inexpresiva de Elmer, una auténtica careta de cera.

Lanzó una maldición antes de decir con voz opaca:

—Ya lo comprendo. Lo entiendo perfectamente. Me lo has dado a mí porque yo soy el más perseguido, el que más probabilidades tiene de ser atrapado, ¿verdad?

—Sí.

—Pero esos nombres son falsos.

—Sí.

—Y los nombres verdaderos los lleva otro agente.

—Sí.

—¿Desde dónde ha salido ese otro agente?

—No te importa. El caso es que tiene cien veces más probabilidades de llegar vivo a Estados Unidos que tú. Eso es lo único que nos interesa.

—Gracioso, ¿eh?

—No lo sabes tú bien, muchacho.

El taxi se había detenido ya ante la puerta del lujoso hotel. Un conserje uniformado se dirigía a ellos para abrir.

Luc Barness se dispuso a bajar, mientras gruñía:

—Pero ellos sí que conocen los nombres de sus verdaderos protectores en Estados Unidos, ¿no? Supongamos que me atrapan, que descubren el truco del reloj y se dan cuenta de que lo que llevo no sirve para nada. ¿Qué sucederá entonces?

—Que te matarán, cariño —dijo beatíficamente Elmer.

CAPÍTULO VI

LUC BARNES pagó el hotel y salió. Ahora sabía que era portador de una información sin valor alguno; una información que le convertía simplemente en un cebo para que un desconocido compañero suyo pudiese llevar a Washington los datos auténticos. Conocía los deshumanizados sistemas de todas las organizaciones de espionaje del mundo, pero esta vez sentía un sordo resquemor, una oscura angustia. Convertir a los hombres en cebos le parecía injusto, sobre todo porque el hombre-cebo es un hombre que tiene que defenderse, un hombre al que han enseñado a matar.

Recordó que no llevaba armas. Claro que tampoco iba a necesitarlas, porque en el aeródromo le registrarían y tampoco le dejarían llevarlas. Pero de todos modos..., algo tenía que hacer.

Pensaba en eso, cuando llamó un taxi ante la puerta del hotel.

Ya no tenía más que encaminarse directamente al aeropuerto. Desde allí, el gigantesco “DC-10” le conduciría a San Francisco, a una de las ciudades más bonitas de Estados Unidos, a la ciudad-jardín donde existe la mayor población china fuera de china y donde es fácil oír hablar español con un delicioso acento mexicano. Para el cansado Luc Barnes, San Francisco era, en estos momentos, algo así como la Tierra Prometida.

Abrió la portezuela del taxi.

Y, de pronto, se dio cuenta de que había caído en otra trampa.

¿O no?...

Vio la tapicería elegante del coche.

La suave sonrisa femenina.

Las piernas de campeonato.

Pero de pistola, nada.

Ella tendría unos veinticinco años. Veinticinco años de gimnasia, de buena alimentación, de belleza, de distinción, de clase. Era dueña de una arquitectura compacta, de urnas piernas largas y sólidas, de un cuerpo rebosante de salud y que no se quebraba por ninguna parte. Era dueña de una sonrisa, en cierto modo cínica.

Musitó:

—Vamos, entra.

Si era una trampa, era una trampa con un buen gancho.

Luc entró mientras ella ordenaba al conductor:

—Vamos al aeropuerto.

Luc chascó dos dedos, mientras preguntaba:

—¿Por qué todo esto? ¿Quién eres?

—Me llamo Sybil.

—¿Para quién trabajas?

—Para Elmer.

Luc se tranquilizó. Ya era un buen punto de referencia, a pesar de que a Elmer lo conocía mucha gente.

—¿Qué quiere Elmer? —preguntó Luc.

—Darte unos pasajes de emergencia.

—¿Para qué?

—Ya deben saber que vuelas con la TWA, seguro.

—Claro que sí... Seguro. ¿Y qué?

—A bordo de un avión pueden pasar muchas cosas. Casi a la misma hora sale un aparato de la LAN-CHILE que hace un vuelo charter para el que hay algunas plazas libres, y que termina en San Francisco, pero haciendo una parada en la isla de Pascua. Si observas algo extraño en el aparato de la TWA, o, simplemente, si deseas despistar a los que te persigan, cambia de avión. Saca una tarjeta de embarque en el vuelo de la TWA y otra en el de la LAN-CHILE. En el último segundo te decides por ése. Los de, la TWA te llamarán varias veces por los altavoces, porque estarás en la lista de pasajeros y, sin embargo, no habrás aparecido, pero eso no tiene importancia. Tú seguirás otra ruta y supongo que les podrás dar esquinazo a todos.

A Luc le pareció una proposición muy razonable. Estaba

acostumbrado a aquellos cambios de tren o de avión, en el último segundo, cuando todo parece decidido y, sin embargo, cambia de cara. Tomó los pasajes que ella le tendía y musitó:

—¿Por qué no me los ha dado Elmer?

—Un agente casi nunca lleva dos cosas al mismo tiempo.

—Lo sé, pero quería que me lo dijeras tú.

—Perfecto. Te acompañaré hasta el aeropuerto y estaré atenta por si algo ocurre.

—¿Llevas armas?

—Una “Luger”.

—Dámela.

—Te la quitarán en el control de equipajes. Deja que la lleve yo. En caso necesario, en el mismo aeropuerto, incluso, te la puedo entregar.

—Está bien, Sybil.

Ella calló y permaneció impasible. Como agente secreto no tenía precio, porque era un témpano de hielo. Qué diferencia de la que había estado con él últimamente y de la que no sabía ni el nombre...

Iban dejando atrás las calles comerciales de la ciudad y tomando la autopista del aeropuerto. Sidney es una gran ciudad que, sin embargo, se acaba, de pronto, para ser tragada por la inacabable llanura australiana. Las calles se transforman en carreteras y el vacío empieza. No hay apenas suburbios, no hay *slums*, no hay concentraciones industriales que hacen la ciudad inacabable, como en París, Londres o Sao Paulo. Por la autopista que lleva al aeropuerto, apenas había tráfico. Solamente un “Thunderbird” americano les seguía.

Luc lo notó.

—Parece que viene detrás de nosotros —dijo.

—Sí, pero no te preocupes. Es Nadia.

—¿Nadia?

—Seguiremos con ella y haremos volver al taxi. De ese modo, si alguien nos espera en el aeropuerto, se va a llevar un buen chasco.

—¿Quieres decir que alguien ha podido telefonear ya la matrícula del taxi en que viajamos, para que nos estén esperando?

—Me apostaría las dos manos a que sí.

El “Thunderbird” se iba acercando, mientras tanto. Llegó un momento en que les adelantó y la conductora les dirigió una mirada. Luc Barness se dio cuenta de que era una chica preciosa, más joven aún que Sybil y tan bonita como ella.

El bólido paró a un lado de la autopista. En aquel momento no se veía a nadie más. Sybil indicó al taxista:

—Por favor, deténgase detrás de ese coche y vuelva a la ciudad. Aquí tiene.

Le pagó y le dio una generosa propina. El hombre y la mujer se apearon, entonces, mientras el taxi regresaba. Pronto lo vieron desaparecer en un ramal de cambio de sentido.

Se acercaron al “Thunderbird”.

Y entonces vieron llegar al otro bólido. Apareció en el horizonte viniendo a más de ciento ochenta, como único punto visible en aquella extensión interminable y desierta. Tres hombres iban en él. A Luc le bastó verlos para que una especie de lucecita roja se encendiera en el fondo de su cerebro.

Y entonces le ocurrió aquello que ya le había ocurrido una vez: sus ojos se nublaron. Todo dio una extraña vuelta en torno suyo. Fue como si, de pronto, el mundo dejara de existir; como si los ojos no le sirviesen para nada.

Aquello duró sólo unos segundos, pero, para entonces, los del otro bólido ya estaban allí. El coche frenó bruscamente para detenerse a un lado de la autopista.

Luc masculló:

—¡Dispara!

Ni siquiera había tiempo para que la muchacha le diese la “Luger”. Era Sybil la que tenía que resolver, en principio, aquella situación, suponiendo que la hubieran entrenado para eso. Y, en efecto, el gesto seco con que sacó el arma fue el de una auténtica profesional.

Pero la bala no surgió.

Gritó, con voz angustiada:

—¡Se ha encallado! ¡No dispara!

Los tres hombres se habían apeado ya. Cada uno de ellos llevaba un revólver. Luc se dio cuenta de que sólo necesitaba dos cosas: un notario para dictar testamento y un cura para que le

confesase. Pero ni aunque los pidiese a gritos vendrían.

Su instinto le aconsejó lanzarse, entonces, entre las ruedas del coche mientras los tres sicarios disparaban hacia él. La muchacha debía parecerías una presa secundaria, un elemento sin importancia. Él era el pájaro que buscaban, él era el que tenía que morir.

Las ruedas del coche reventaron. Las balas aullaron por todas partes. Los sicarios avanzaron para aproximarse más en la carretera desierta.

Luc estaba agazapado a un lado del coche y se dio cuenta de que uno de los pistoleros se encontraba ya en el lado opuesto. Ese le cortaría la retirada mientras los demás venían por los lados. En cuanto a la muchacha llamada Nadia, no se había movido del interior del “Thunderbird”, quizá porque no había esperado aquello y estaba aún paralizada por el horror.

Barness se dio cuenta de que la situación era desesperada. No había calculado que las cosas empezarían a ir mal tan pronto, pero como no tenía otro remedio..., ¡pasó a la acción!

Todo se desarrolló en unos segundos.

Su fuerza era hercúlea. Su empuje resultó auténticamente bestial.

Levantó el coche por un lado... ¡y lo volcó!

El hombre que estaba de pie en el lado opuesto no tuvo tiempo de apartarse. De pronto, la mitad inferior de su cuerpo fue aplastada por aquella mole. Mientras sentía que se le rompían en pedazos las piernas y las caderas, lanzó un alarido estremecedor.

Los otros dos dispararon contra el coche, pensando atravesarlo y alcanzar a Luc, que debía estar detrás, pero se llevaron otra sorpresa en aquella especie de danza de la muerte. Luc había aparecido, de pronto, junto al capó, donde había ido a parar el revólver lanzado por el moribundo.

Lo engarfió entre sus dedos.

Fue todo instantáneo.

Uno de los hombres giró.

Aún no había visto bien a Luc. No comprendía cómo podía estar allí.

Ni lo comprendió ya nunca.

La bala le penetró entre los dos ojos. Se tambaleó con los brazos en cruz, antes de caer.

Nadia gritaba desesperadamente dentro del coche volcado:

—¡No disparéis más! ¡No disparéis! ¡Sacadme de aquí!...

Debía ser una novata, pensó Luc. Pero no se puede exigir a todos los miembros del servicio secreto —a veces simples enlaces o informadores— que sean unos héroes. El grito de la pobre muchacha se le clavó en los oídos como una nota lacerante y patética.

El único hombre que quedaba con vida actuó, entonces, de una forma desconcertante. Estaba en la parte posterior del coche, de modo que Luc no podía encañonarle con su recién adquirida arma. Lo único que notó de una forma confusa fue que extraía de uno de sus bolsillos una especie de fumigador o spray, consistente en un largo y delgado tubo. Casi lo introdujo por la luneta posterior del coche, que estaba rota. Pulsó el botón.

¡Y, de pronto, surgió de allí un chorro de fuego!

¡Estaba incendiando el interior del coche!

Dirigía el chorro sobre la muchacha que se hallaba en el interior.

Se oyó un aullido de muerte.

Un aullido infrahumano.

Todo se estremeció a consecuencia del espantoso choque de aquel cuerpo joven contra el acero de su mortífera jaula.

Pero si bestial había sido el grito de la chica, bestial fue el grito de Luc Barness cuando se dio cuenta de lo que aquel tipo estaba haciendo. Con el impulso de una fiera, saltó hacia él.

El otro intentó reaccionar. En una mano llevaba aquella especie de spray, que era, en realidad, un pequeño lanzallamas; en la otra, el revólver. Intentó desesperadamente usar ambas cosas a la vez.

No le faltaban recursos.

Ni mala baba, todo hay que decirlo.

Pero los recursos y la mala baba se le terminaron en cuestión de segundos, cuando Luc le clavó aquella bala entre las cejas. Fue un impacto brutal, fue un choque vertiginoso que lo envió contra las llamas del coche.

Luc Barness tuvo que apartarse, porque aquello iba a estallar de

un momento a otro. Se convertiría en una bola de fuego.

Luc Barness comprendió que ya nada se podía hacer para salvar a Nadia.

Se apartó unas yardas. El coche estalló entonces, convirtiéndose en una inmensa, en una alucinante bola de fuego.

Nadie más pasaba por la autopista en aquellos momentos. Nadie más se dio cuenta del lacerante drama.

Con una extraña calma, el joven recogió el arma de uno de sus enemigos muertos, extrajo las balas que quedaban en el cilindro y completó las que le faltaban a él. Luego se volvió hacia Sybil; una Sybil aterrorizada que le miraba con unos ojos alucinados, que le enviaba una mirada llegada del otro mundo.

—¿Amiga tuya? —musitó.

—Mu... mucho.

—Descanse en paz.

Y fue hacia el coche de sus enemigos.

Era un estupendo “Wolseley” con tapicería de cuero. Se sentó ante el volante y pidió a Sybil:

—Acompáñame.

—¿Qué clase de... de tipo eres?

—¿Por qué?

—Ni te has inmutado...

—No me conoces, muñeca. Si esos tipos resucitaran siete veces, siete veces los mataría.

Y condujo hacia el aeropuerto. Estaba seguro de que el coche incendiado y los fiambres que lo rodeaban no tardarían en ser descubiertos por alguien, pero entonces él ya estaría a punto de volar rumbo al continente americano. Y sin embargo...

Ella parecía pensar lo mismo que él. Ella musitó, con voz crispada:

—Creo que estamos descubiertos, Luc.

—No es ninguna proeza imaginar eso. Estoy dándole vueltas a lo mismo desde hace media hora.

—Lo mismo si vuelas hacia San Francisco, que si vuelas hacia la isla de Pascua, te van a atrapar.

—Entonces, ¿qué sería lo mejor?

—No lo sé... Sigue tu camino.

—¿Y tú qué vas a hacer, Sybil? Porque tú también estás acorralada...

—Yo debo ir a Hong-Kong.

—¿Por qué allí?

—Tengo una misión que cumplir. Bueno..., voy a serte sincera. Una vez terminado este trabajo, yo tenía que quitarme de en medio, una corta temporada, para que no me siguiesen. Hong-Kong parecía un sitio excelente.

—Pero parece que ahora te van a seguir...

—Sí —dijo, desmayadamente, ella,

Luc Barness apretó los labios, mientras miraba fijamente ante sí. Tenía las facciones crispadas mientras que su cuerpo estaba tenso. Imaginaba la situación, imaginaba lo que ocurriría con aquella pobre muchacha en cuanto le echasen el guante.

¿Metida en una jaula y oculta en cualquier lugar de los Nuevos Territorios, contiguos a China Roja, hasta que mugiese?

¿Devorada por las ratas en un sótano del Mercado de los Ladrones?

Demasiadas cosas sabía Luc Barnes de las que pueden pasar en Hong Kong, la gran meca del turismo, la supercivilizada, la fascinante, pero donde conviven demasiadas razas, demasiados intereses. Todo es posible allí, en una de las encrucijadas del mundo. Los dedos se crisparon en el volante.

¿Y si...?

El pensamiento le hacía daño. Le pinchaba en el cerebro.

¿Y si...?

—Tal vez fuese una buena idea el que yo te acompañase a Hong Kong —dijo—. De ese modo podría defenderte.

—¿Pero... qué dices?

—Imagino que, si llegas allí sola, puedes pasarlo mal.

—Si tú no llegas a intervenir, yo... yo estaría muerta. Eso lo sé muy bien. Estaría muerta como Nadia...

—Parece que esos tipos no tienen demasiados escrúpulos, ¿eh?

—No tienen nin... ninguno.

—Creo que me he decidido, Sybil. No quiero que tú mueras como esa pobre muchacha.

—Pero tú... tú tienes la obligación de ir a Estados Unidos

—Eso es evidente.

—Por lo tanto, si no vas allí, dejas de cumplir con tu deber.

—Puedo ir al mismo sitio dando un rodeo más largo.

—Tú sabes que es dar al asunto un tinte falso, tú sabes que, de todas formas, incumplirías con tu deber.

Sí, eso era cierto. Luc Barness lo sabía y, por lo tanto, no podía negarlo. Pero la sola idea de que Sybil pudiera encontrarse en Hong Kong sin ninguna defensa le aterraba.

—¿Debes encontrarte allí con algún agente que te proteja? —musitó.

—No...

—Entonces, definitivamente, te acompaño.

—Pero tú...

—Yo debo servir de cebo —dijo Luc, sin dar más detalles—. Por lo tanto, lo mismo sirvo de cebo allí que en otro sitio.

Sabía que tampoco eso era cierto, pues la idea que debía dar a sus perseguidores era la de que tenía el máximo interés en llegar a Estados Unidos con su mensaje. Si le veían perder tiempo, empezarían a sospechar que quizá el verdadero mensaje lo llevaba otro.

Movió la mano izquierda.

En Australia se conduce por la derecha. En consecuencia, él debía cambiar de marchas con la izquierda y ésa era la mano que tenía libre.

Vio, de pronto, frente a él, las instalaciones del aeropuerto.

CAPÍTULO VII

LOS vuelos con Hong Kong son tan frecuentes, que casi nunca se tiene dificultad para llegar hasta allí, desde cualquier parte de Asia. Tampoco surgieron dificultades en el aeropuerto de Sidney, excepto uno: Luc hubo de dejar discretamente su revólver en una papelera. Por otra parte, nadie parecía seguirles y nadie parecía preocuparse de ninguno de los dos.

Eso era bastante lógico. Sus enemigos habían sufrido un rudo golpe, cuando creían tenerlo todo ganado, y ahora se estaban reorganizando. No podrían actuar de nuevo en un par de días, porque no se encuentra tan fácilmente gente en la que confiar.

Tampoco la llegada a Hong Kong planteó problemas. Luc tuvo por un momento incluso la engañosa sensación de que había dado esquinazo a todo el mundo pero sabía que eso no era cierto. Aunque no le hubieran podido seguir, sus enemigos sabían perfectamente el vuelo que había tomado desde Sidney.

Las islas rocosas con las que uno parecía ir a chocar... El aeropuerto que parecía engullido por la propia ciudad... Los millones de luces... La herradura de Repulse Bay... La mancha leprosa de Aberdeen, vista desde la altura... Los enormes rascacielos que ya estaban devorando la isla Victoria... Todo eso era Hong Kong, el Hong Kong fascinante, el único, el que no se olvida jamás. Del Hong Kong de los veinte chinos amontonados en una sola habitación no se ocupa nadie.

Todo era como un suave sueño. Como una extraña luna de miel después de haber dejado atrás las barreras de la muerte.

El hotel Mandarín.

Cinco estrellas.

Lujo, hasta en el agua que salía de los grifos. Camareras atentas y silenciosas. Bares y tiendas *free-tax*. Discretos restaurantes donde se sirven desde el chili mexicano hasta las especialidades de Cantón. Habitaciones climatizadas sobre la bahía, cuya belleza sólo puede compararse a la de la bahía de Río de Janeiro.

Y la chica.

La chica agradecida.

La chica que vive gracias a uno.

Que espera seguir viviendo junto a uno.

Sus piernas maravillosas.

Su cara.

Su boca.

Y el letrerito de *Not disturb*. ¿Por qué habrá hoteles que se olvidarán de ese detalle para poder colocarlo en la puerta?

* * *

Un día... Un día y medio... Pero hasta las más deliciosas lunas de miel tienen un final y un tope. Luc Barness hubo de abandonar la habitación del hotel Mandarín para dirigirse a la casa de un honrado comerciante de Kowloon, la parte unida al continente, enfrente de la isla Victoria. En Kowloon está el Hong Kong popular, mientras que en Victoria está el Hong Kong aristocrático, aunque los excelentes hoteles se hallen en todas partes y aunque Victoria tenga la mancha de Aberdeen. El honrado comerciante, hombre probo entre los probos, se dedicaba tan sólo a vender mercaderías de alto valor espiritual. Recibió a Luc en una discreta trastienda, donde sólo eran atendidos los elegidos.

Luc Barness le había dicho de parte de quién venía: de parte de un agente que pasó dos años en Hong Kong hasta que una bala lo dejó paralítico de ambas piernas. Aquella recomendación convertía a Luc en un hombre aparte, lo distinguía de la masa que día y noche visitaba la tienda.

El honrado comerciante le empezó a ofrecer sus mercancías de alto valor espiritual.

—¿Quieres algún producto, digamos, estimulante? —preguntó.

—No.

—¡Ah!... Creí que ibas con una chica.

—¿Cómo sabes que tengo una chica?

—Ah... ¿Es que eres tan estúpido como para no tenerla?

Luc sonrió.

—¿Puedo ofrecerte un poco de cocaína? Es deliciosa. Recién preparada en los laboratorios clandestinos de Formosa...

—No soy un drogado —dijo Luc.

—¡Ah!... Pues entonces, si no tienes demasiado interés en tu chica ni tomas coca, ¿cómo pasas las tardes?

—Me doy masajes en la nariz —gruñó Luc.

—Ya veo lo que buscas, hermano. Yo, como honrado comerciante, lo tengo todo. Puedo ofrecerte los servicios de una masajista.

—Cualquier día de éstos te van a dar la Medalla al Mérito —murmuró Luc.

—Todo podría ser. ¡Si supieras la cantidad de personas a las que dejo contentas! ¿Te interesa la masajista?

—No.

—Pues no hay que desanimarse. Ya me hago cargo de que hay gustos para todo.

—No me interesa nada de lo que me has ofrecido —masculló Luc—. No necesito excitantes. Lo que yo quiero es una pistola de toda confianza.

—¡Hombre, pues haberlo dicho!

—Es que no me dejabas hablar, comerciante de la puñeta.

—Claro, pero yo lo hacía por si, además de la pistola, te quieres llevar un estimulante, un poco de cocaína, una masajista... Uno tiene que vender, oye... La vida de un honrado comerciante no es más que eso.

—Me basta con un petardo que no falle.

El chino susurró:

—Tengo una pistola “Colt” modelo 1917. Algo antigua, ya lo sé, pero funciona tan bien como las otras y con una ventaja: ya no está registrada en ninguna parte.

La extrajo de uno de los cajones del mueble lacado que tenía a su alcance. Luc la tomó entre sus dedos y la sopesó. Comprobó los mecanismos sin disparar.

Perfecta máquina. Ni acabada de fabricar el día antes.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Barata. Mil dólares Hong Kong.

En efecto, era barata. Luc pagó. Luego, cuando ya casi estaba en la puerta, se volvió para preguntar:

—¿Tienes otra?

—No —susurró el chino—. Hoy no hay más armas en casa.

—Entonces, ¿qué ocurre si te atraco con ésta?

—Pues que tendrías que llevarte a un masajista de setenta años. Es lo único que ibas a encontrar, macho...

Luc Barness decidió largarse. Era mucho mejor eso que exponerse a que el atraco le saliera bien.

* * *

El transbordador Kowloon-Victoria y Victoria-Kowloon. La enorme barcaza que transporta al cabo del día tantos pasajeros como una línea del Metro de Nueva York. Los pasadizos con suelo de madera, los silbatos, el humo de miles de cigarrillos, el aire fresco que llega de la bahía y que se mezcla a los perfumes orientales, a los olores indefinibles de la ropa china...

Todo aquello era el mundo al que ahora se acercaba Luc Barness. Aquel cuadro se formaba ante sus ojos, que ahora veían bien, sin que le hubieran vuelto a provocar aquella especie de desvarío y de náusea. Se sentía en la plenitud de su fuerza, la plenitud de su vigor, capaz de conseguir que a Sybil no le pudiera ocurrir absolutamente nada en aquella metrópoli del paraíso y, al mismo tiempo, ciudad del infierno.

Mientras tomaba asiento en uno de los puestos delanteros del puente superior, teniendo ante él el espectáculo fascinante de la bahía, pensó, sin embargo, que aquello le iba a costar su destino en la CIA. Después de años de misiones oscuras, de entrenamientos incesantes, de peligros mal pagados, se encontraba en una posición preeminente, de agente con autonomía, y, encima, trabajando para una causa hermosa: para la causa de la paz. Y de pronto lo malbarataba todo por unas buenas piernas. Por una mujer que estaba en peligro.

Mientras el transbordador arrancaba, él pensó una vez más en las palabras de Elmer. Había dado vueltas a las mismas, varias veces, en el silencio de la habitación, mientras Sybil, dormida,

respiraba a su lado quietamente. Se daba cuenta de que los caminos que se siguen en su oficio son siempre tortuosos, son siempre inciertos; se basan continuamente en ese sistema de mover el pie izquierdo, pero sin que se entere el pie derecho.

El desconocía quién era el agente que había descubierto en Indonesia los nombres de los banqueros que ayudaban desde Norteamérica a los dirigentes de la Liga Santa. Posiblemente no llegaría a saberlo nunca, y en realidad no le interesaba tampoco. ¿Pero por qué aquel hombre no había enviado los nombres en un telegrama cifrado? ¿Tan vigilado estaba? ¿Tan encima de él se encontraban los asesinos de la Liga Santa? ¿Tanto había tenido que confiar en la ayuda de la organización?

Se estremeció.

Posiblemente, aquel agente estaba ya muerto.

Sí. Seguro que lo estaba.

En cambio, él había tenido suerte. Él estaba lleno de vida, lleno de...

La bala le pasó rozando la cabeza.

Sólo un brusco balanceo de la barcaza, al chocar con una ola, le había salvado la piel, porque, de lo contrario, el plomo le hubiera perforado la nuca. Allí, delante de más de doscientas personas, en uno de los pocos lugares del mundo de los que un asesino no podría huir..., ¡iban a liquidarle como a un perro rabioso!

Se lanzó de cabeza contra el banco delantero. Un par de mujeres rodaron por las tablas.

Se oyó un grito lacerante.

Otra mujer había estado a punto de saltar por la borda, pero se sujetó en el último momento. Todos los que estaban en la cubierta superior se amontonaron a los lados, dejando una especie de pasillo en el que se movían los dos asesinos. Nadie quiso intervenir. Los ojos desencajados de Luc vieron, entonces, a los dos tipos.

Se dio cuenta de que estaban a punto de llegar a Victoria. Prácticamente, atracaban ya. Cuando la barcaza se detuviese, aquellos dos hombres saltarían a tierra, envueltos por una multitud aullante, y ya nadie podría identificarlos ni detenerlos.

Pero ese pensamiento fue un simple chispazo. Se borró enseguida. En las retinas de Luc quedaron grabadas las imágenes de

los dos chinos mientras levantaban de nuevo sus armas.

¡Baaang!

La bala dio en la estructura metálica de un banco, patinó y se hundió en la madera de la borda. Al darse cuenta de que había fallado por un pelo, el tirador dio un salto de costado para poder apuntar con más precisión.

Mala idea, la verdad.

Porque fue la última que tuvo.

Luc había apretado ya el gatillo de su “Colt” 1917, que llevaba remetida entre la camisa y el pantalón. Su puntería fue perfecta.

El chino se tambaleó.

Y fue a estrellarse, ya muerto, sobre una piña de personas que lanzaron, a la vez, un grito de horror.

Un segundo movimiento al dedo.

Una segunda bala.

—57

¿Bala?

Cuando esperaba oír un potente “¡baaang!”, Luc solamente escuchó un leve “tlic”. La pistola que le habían vendido como magnífica ya se había estropeado. Posiblemente, desde 1917 sólo había disparado un tiro.

El segundo pistolero lanzó un grito de triunfo. Saltó hacia él con el arma por delante. Sabía que ahora nada podía hacerle fracasar.

Iba ya a disparar, sin que Luc pudiera evitarlo.

Y de pronto se detuvo.

Sus facciones parecieron romperse.

La bala le acababa de penetrar por la nuca.

Con un extraño retraso, como si sólo entonces hubiera recibido el impacto del proyectil, dio un salto que lo envió contra el techo. Luego se arrugó y se desplomó pesadamente. El transbordador estaba atracando en aquel momento, mientras se oían aullidos por todas partes.

La confusión era espantosa, pero Luc Barnes pudo ver a la persona que le acababa de salvar la vida. La grácil figura de Sybil se dibujó, por unos instantes, ante sus ojos. Luego desapareció, engullida por aquella marea humana.

Todo el mundo se precipitaba hacia la salida.

El caos era indescriptible. Nadie se podía preocupar de nadie, y eso favorecía a Luc. Sabía que, dentro de unos segundos, nadie iba a saber quién había disparado, quiénes eran los vivos y quiénes eran los muertos. Tampoco él se ocupó de Sybil porque sabía que la muchacha estaba entrenada para escabullirse en situaciones así y porque ambos tenían un punto de cita muy confortable: uno de los mejores hoteles del mundo.

La gente se amontonaba ante la larga hilera de taxis, que guardaban un orden escrupuloso para recibir a los viajeros. Ahora, sin embargo, todo parecía irse al diablo. Los viajeros corrían en todas direcciones. Luc saltó por encima de la valla metálica que separaba los coches de la zona de espera y fue tragado por la marea humana de la larga avenida. A la izquierda, la bahía brillaba con sus mil luces, con su magia, con aquella especie de sortilegio que, sin embargo, ahora se había convertido en un sortilegio mortal.

Tomó un taxi bastante más lejos, pese a que el hotel Mandarin está enfrente del embarcadero. No podía exponerse a que alguien le viera entrar allí. Se hizo conducir al hotel Victoria, a unos cuatro kilómetros de distancia, deambuló unos minutos por entre las tiendas y luego tomó otro taxi para hacerse conducir al Mandarin.

Ahora estaba seguro de que nadie le seguía.

El corazón le latía fuertemente al dirigirse al lugar donde iba a encontrar a la hermosa mujer que, además, le había salvado la vida.

Por primera vez se estaba convirtiendo en un novato. Por primera vez sentía una emoción. Deseaba a una mujer, deseaba decirle lo agradecido que estaba, deseaba besarla, amarla como él la amaba, también.

Empujó la puerta.

Y vio a la mujer.

Piernas fabulosas.

Piel tan fina como la de una chica de quince años.

Cuerpo elástico, potente.

Pero Luc Barness se detuvo en el umbral, como si hubiera chocado contra un muro de vidrio, mientras barbotaba:

—Tú...

CAPÍTULO VIII

LA mujer a la que había visto en el aeródromo de Penshawar; la mujer que había desaparecido, luego, del elegante hotel de Sidney, estaba ahora de nuevo frente a él. Parecía llenar la habitación con su alta estatura, con sus curvas opulentas.

Dijo, sencillamente:

—Bien venido, Luc:

Y aquella preciosa hembra de la que no sabía ni el nombre se acercó a él. Tendió sus jugosos labios.

—¿No me dices nada, Luc?

Él la miró sin poder dominar, todavía, su asombro. Después de moverse tanto tiempo en laberintos mortales, después de ver y amar a las mujeres más bonitas y más peligrosas del mundo, se sentía, sin embargo, esta vez como un novato que ve a una chica ligera de ropa. Y es que, aparte del asombro que estaba sintiendo, su instinto le decía que esta vez las cosas eran diferentes, que la desconocida se sentía atraída hacia él por algo inexplicable, por algo que aún no había podido averiguar y que no era la simple atracción física.

En lugar de besarla, murmuró:

—¿Cómo has sabido que vivía aquí?

—No era tan difícil.

—¿Has empleado el mismo sistema que en el hotel de Sidney?

—No. Esta vez no he tenido que dar propinas. Simplemente, me he limitado a seguir tus movimientos y a observarte. Yo vigilaba el transbordador, ¿sabes? Estaba convencida de que lo utilizarías alguna vez. Claro que podías tomar un taxi para ir a Kowloon, pero

el transbordador es mucho más anónimo. Estaba segura de que lo preferirías (1).

(1) Hasta hace muy pocos años, el único sistema de comunicación entre la isla Victoria y Kowloon, que es la parte de Hong Kong -unida al continente chino, consistía en el transbordador, que siempre ha resultado muy eficaz y hoy sigue siendo el sistema más usado. En la actualidad, existe un túnel bajo la bahía, al estilo de los de Nueva York, y se puede ir en automóvil de una parte a otra de la ciudad. Sin embargo, los taxis de Kowloon difícilmente trabajan en Victoria y viceversa. (N. del E.)

—Por consiguiente, me has visto ir y volver, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te has dado cuenta de lo que ocurría a bordo?

—Pues claro...

—¿Y cómo has podido entrar en esta habitación, si no has entregado una buena propina para que te dieran la llave?

—Tengo una ganzúa especial. No ha sido tan difícil.

Y le miró sonriente.

Ofreciéndose.

Era un enigma. Una esfinge.

Quizá una maldición.

¿Pero qué tenía aquella mujer? ¿Por qué le hechizaba de aquel modo? ¿Qué había en su mirada; qué había, en su boca? ¿Por qué le atraía hasta la última fibra de su ser?

De pronto se encontró unido a aquellos labios.

De pronto el tiempo dejó de existir.

Era una extraña locura.

Esa extraña locura del sexo que siempre va unida a la extraña locura de la muerte.

* * *

Ella fue a la ducha, con movimientos felinos. La elasticidad de su cuerpo resultaba maravillosa. Mientras oía el rumor del agua resbalando sobre su piel fina, Luc Barness preguntó:

—¿Puedo, al menos, saber tu nombre?

—¿De verdad te importa tanto?

—Supongamos que es por simple curiosidad —musitó Luc.

—Entonces llámame la Dama Desconocida.

—Tiene gracia. Hay una vieja película con ese título, ¿no?

—Puede. Yo no la he visto.

—Eres demasiado joven para eso —musitó Luc.

Y enseguida añadió, con voz opaca:

—¿Qué es lo que te atrae de mí?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque, normalmente, una mujer no se lanza tan de pronto en los brazos de un hombre. Porque hace falta una explicación, un proceso de conocimiento más o menos largo. Porque hace falta una lógica.

—Supongamos que, de ti, me gusta todo —dijo ella, quedamente.

—¿Todo?

—¿Y por qué no?

—Porque reconozco que tengo muchos defectos —dijo pausadamente Luc—. Además, tú no me conocías antes.

—Estás equivocado; te conocía.

—¿Dónde me habías visto?

—En ninguna parte.

El parpadeó. Por momentos se sentía más y más confuso.

—Pues, entonces, nada tiene sentido —dijo—. Tampoco podías haber oído hablar de mí. Los que se dedican a mi cochino oficio son hombres muy poco populares, muy poco conocidos. Las sucias organizaciones en que estamos tienen interés en que no salgamos a la luz.

—¿Para quién trabajas?

Luc no contestó. Se encogió de hombros simplemente.

Ella empezó a vestirse en silencio.

—Hay muchas cosas extrañas en ti —musitó—. Muchas...

—¿En qué se nota?

—Bueno... En muchos detalles.

Ella sonrió débilmente.

—Supongamos —musitó— que sólo he conocido dos hombres.

—¿Quiénes?

—Uno de ellos, tú, por supuesto.

—¿Y el otro?

La mujer sonrió. Sin contestar directamente, dijo:

—Sólo me han mirado los ojos de un hombre.

—Por consiguiente, ¿sólo te he mirado yo?

—Supongamos que sí.

—¿Sabes que cada vez te entiendo menos, preciosa?

—Tampoco hace falta que me entiendas ahora, Luc. No, claro que no hace falta... Queda mucho tiempo.

Y se alejó. Fue hacia la puerta antes de que él pudiera darse cuenta. Un momento después había desaparecido.

De pronto ya no era más que un recuerdo, una extraña mujer que parecía enviada por el destino para hacerle feliz y luego desaparecer al cabo de unos instantes.

Decidió salir de allí para ver el ambiente que había en la calle. Quizá Sybil correría algún peligro al llegar al hotel, y, en ese caso, él tenía que ayudarla. Lástima que ya no llevaba armas, porque aquel condenado “Colt” modelo 1917 no servía para nada, excepto para que lo enterrasen junto a su dueño.

Para darse ánimos por si tenía que verse envuelto en una pelea otra vez, subió al lujoso bar del último piso del rascacielos, después de pasar unos quince minutos vigilando en el vestíbulo sin que se produjera ninguna novedad. Allí pidió un whisky doble, “Chivas” doce años, pagando el Tío Sam.

A veces ser agente secreto tiene sus ventajas. Lo malo es que acaba uno con el hígado deshecho si no le clavan una bala antes.

CAPÍTULO IX

AQUELLO ocurrió cuando él ya andaba por la mitad del whisky y empezaba a recuperar las fuerzas que poco antes perdió. Justo cuando todo le parecía un poco más risueño, aquel plomo, tan silencioso como una sonrisa, vino hacia él.

Ni siquiera lo oyó. Sólo se dio cuenta de que la bala había estado a punto de matarle cuando el vaso de cristal tallado que iba a llevarse a los labios saltó en mil pedazos. Dos de ellos se le empotraron en la cara, produciéndole unos leves rastros de sangre.

Luc Barness simuló caer. Hizo el gesto exacto del tipo que ha sido alcanzado de lleno. Su cerebro reaccionó en fracciones de segundo y sus músculos obedecieron instantáneamente. Giró sobre sus tacones, emitió una especie de vagido, se estrelló contra la barra del lujoso bar y terminó rodando por el suelo silenciosamente.

Los camareros y los escasos clientes de aquella hora también se habían acurrucado tras las mesas y las sillas al darse cuenta de lo que ocurría, aunque no habían oído ningún disparo. Luc Barness, al saberse a cubierto, avanzó sobre los codos y paseó su mirada de halcón más allá de las barandas que daban al vacío.

Había otro rascacielos a la espalda. Estaba a unos trescientos metros y resultaba casi exactamente de la misma altura que el del Mandarín. Adivinó, instantáneamente, que desde la terraza de aquel otro rascacielos habían disparado contra él, empleando un rifle.

Sus dientes chirriaron. Estaba más acorralado de lo que hubiera podido imaginar, pero eso casi le alegraba. Cuando tenía un

enemigo delante, aunque fuese en un rascacielos situado a trescientos metros, Luc Barnes se sentía en su ambiente.

—Un rifle... —barbotó—. Necesito un rifle, ¡maldita sea!...

—¿De dónde quiere que lo saquemos? —masculló un camarero—. ¿De dentro de la nevera?

—Al menos, un revólver.

—¿De modo que están tirando contra usted?

—No volverán a hacerlo —dijo Luc—. Green que me han dado.

Se equivocaba. Dos balas más, disparadas con rapidez instantánea, patinaron por el suelo de la lujosa terraza. Unas levísimas nubecillas blancas se distinguieron en la cúspide del otro rascacielos y permitieron a Luc darse cuenta de dónde estaba su enemigo. Este, al parecer, y por medio de la mira telescópica, le estaba viendo también y se había dado cuenta de que aún vivía.

Llegó entonces otra bala que, de no ser por el rebote del plomo, no se hubiera oído en absoluto. La vida en el hotel era completamente normal y los coches pasaban ochenta metros más abajo sin que nadie sospechara la batalla que se libraba en la cumbre. En cambio, en la terraza, en lo más alto del Mandarín, nadie se atrevía a mover un dedo por temor a que la próxima bala lo dejara seco.

—Estoy seguro de que tenéis algún revólver —murmuró Luc—. ¡Claro que lo tenéis, malditos hijos de perra!... En Hong Kong hay armas de contrabando para todos los gustos, y mucha gente las lleva. Si me dais un petardo prometo sacaros de aquí; de lo contrario, alguno de vosotros va a reventar con la próxima bala.

Como si fuera un aviso, otro plomo pasó rozando la cabeza de uno de los camareros. El que estaba tumbado junto a la elegante barra preguntó:

—¿Le sirve una “Astra Parabellum”? Se la robé a un marinero español hace dos meses.

—Claro que me sirve... Por todos los infiernos. ¿Dónde está?

—La tengo detrás de la barra, en el cajón central, por si hay algún lío. Puede cogerla usted mismo...

Luc Barnes se deslizó y, sin levantarse del suelo, abrió el cajón que le habían indicado. Dentro, efectivamente, encontró un magnífico cacharro del nueve largo, con su cargador completo.

Volvió a tumbarse en el suelo.

Sujetó la culata del arma con las dos manos y aguardó. El arma tenía, quizá, demasiado retroceso, y necesitaba aferrarla bien para que no se le desviase. En la cúspide del otro rascacielos volvió a aparecer, entonces, una nueva nubecilla blanca.

Y Luc Barness vio por primera vez la cabeza de su enemigo. Se estaba incorporando un poco para apuntar mejor. Era más calvo que Kojak y su piel demasiado blanca y brillante despedía algunos reflejos al sol.

Fueron esos reflejos los que sirvieron de guía a Luc Barness. Bajó un poco el punto de mira y apretó el gatillo.

Hubo un estremecimiento a trescientas yardas.

La cabeza demasiado blanca se volvió demasiado roja.

El hombre que estaba apoyado en la baranda dejó caer el rifle, intentó asirse a algo y vaciló. Un segundo después su cuerpo se desplomaba desde aquella inmensa altura, mientras por el vacío se extendía un ululante grito.

Eso fue todo. En seguida reventó en paz.

Luc limpió las huellas de la “Astra” con el pañuelo y luego se la devolvió al camarero.

—Deshazte de ella —aconsejó—. ¿Dices que fue robada a un marinero español?

—Sí. Y vaya usted a saber dónde parará el tío.

—Mejor para él. Si la policía da con el arma, se volverá loca buscando a su dueño; pero confío en que no la encuentre. No olvides lanzarla a lo más profundo de la bahía.

—La llevaré en el transbordador y la haré desaparecer —prometió el camarero—. No la van a encontrar ni con radar, por la cuenta que me tiene.

Luc le pasó cincuenta dólares Hong Kong. No era demasiado para un muerto, pero hay fiambres que dejan mucho menos beneficio y descendió tranquilamente a la planta del hotel en que estaba su habitación. En aquellos momentos se habría armado ya un formidable tumulto en la calle, en cuyo centro todos estarían viendo una gran tortilla de chino. Pero como el cuerpo había caído desde un rascacielos que nada tenía que ver con el Mandarín, ningún policía sería capaz de adivinar que ése era el sitio desde

donde le habían dejado seco.

Luc entró en la habitación. Necesitaba descansar un rato, al mismo tiempo que intentaba reflexionar sobre todo lo ocurrido.

Empujó la puerta.

Y le ocurrió como antes, pero ahora la hembra era quizá más tentadora aún. Porque Luc se encontró con sus ojos de mirada intensa, con sus labios rojos, con sus curvas juveniles, con sus líneas de mujer que puede enloquecer a un hombre con un solo gesto.

Luc musitó:

—Sybil...

La mujer que le había salvado la vida estaba allí.

Enigmática como una esfinge y tentadora como una sirena.

Sybil le tendió los brazos y le ofreció sus labios.

CAPÍTULO X

ELLA le contemplaba fijamente. Estaban los dos en la penumbra de la habitación del hotel, mirando las lejanas sombras que se iban enseñoreando de la bahía.

Los dedos de Sybil acariciaron con infinita suavidad la cicatriz que había dejado aquel balazo en la sien izquierda.

—¿Cómo no caíste, entonces, para siempre, Luc? —musitó.

Sus besos habían terminado. Los dos se hallaban relajados y como hundidos en el fondo del cansancio.

—Cuestión de suerte —musitó él.

—¿Se te quedó empotrada, la bala?

—No. Salió.

—¿Por dónde?

Él sonrió tristemente, como si aquel recuerdo no le gustase. Como si fuese algo demasiado amargo.

—¿Para qué hablar de eso? Estoy vivo, aunque haya sido un milagro. A veces no me gusta recordar.

—¿Cuánto tiempo estuviste de baja en el servicio?

—Poco.

—¿Pues cómo has logrado estar en buena forma otra vez?

—Algún día te lo explicaré, Sybil.

—Hay algunas cosas de tu pasado que quisieras tener bien lejos, ¿verdad?

—Hay algunas cosas de mi pasado que no debieran haber existido. Ni este maldito oficio tampoco. Nada.

—¿No elegiste esta profesión tú? ¿Por qué la odias?

—Porque acabas transformándote en un autómatas al servicio de intereses que no entiendes. En este momento estoy convencido de que mi organización trabaja para salvaguardar la paz, pero no siempre ha sido así. Cuando se trata de fomentar una guerra o de ayudar a un tirano, tú debes obedecer igualmente. En cuerpo y alma eres una máquina de la que, a veces, cambian hasta las piezas, como si no tuvieras alma.

—¿Qué piezas?

—Nada, no tiene importancia.

Y le sirvió un Martini dulce. La muchacha lo bebió con placer mientras sus ojos se perdían en el vacío. Luego musitó:

—Creo que no te conviene estar aquí.

—Lo dices porque me tienen localizado igualmente, ¿verdad?

—Acabarán matándote.

—Lo sé. En cualquier momento; en cualquiera de esas calles abigarradas de Hong Kong, acabarán conmigo. Puede parecerle extraño, pero hay momentos en que no me importaría.

—Tienes una oportunidad, Luc.

—¿Qué oportunidad?

—Irte de aquí. Volver a Estados Unidos. Supongo que ésa era tu primera intención, cuando decidiste acompañarme para protegerme, para que no me sucediera lo mismo que a aquella pobre muchacha, quemada viva.

El reflexionó unos momentos, pero en sus ojos seguía flotando aquella lucecita triste. Volviendo el rostro hacia la muchacha, susurró:

—Sería inútil. Supongo que me tienen controlado, de todas formas, y que tratarán de matarme en el aeropuerto. Aquel sitio tiene cien recovecos para acabar con un hombre.

—He pensado en eso, Luc.

—¿Tú?...

—Sí. Yo creo que ya has hecho bastante por mí y que esto no puede continuar. He estado trabajando en un plan para que tú puedas salir de esta ciudad.

Luc Barness pensó que su obligación era ir cuanto antes a Estados Unidos. Que estaba faltando a su obligación por culpa de una mujer a la que ya no sabía si iba a poder ayudar o no. Después

de todo, la idea de salir de Hong Kong y regresar a Norteamérica quizá fuese la más razonable.

—Te escucho —murmuró.

—Uno de los pescadores de Aberdeen tiene una buena barca. Parece un cacharro, como todas las que hay allí, pero debajo de las tablas semipodridas hay un doble casco y un motor “Diesel” de muchos caballos de potencia. No le resultará difícil, en absoluto, llegar a las costas del Japón, y desde el Japón a Estados Unidos no existe problema para el viaje.

—No es un mal plan —dijo Luc, reflexionando velozmente—, pero hay dos problemas. En primer lugar: ¿es de confianza el tipo que tiene la barca?

—De absoluta confianza. Yo respondo de él.

—¿Quién le paga?

—Yo.

—¿Y eso por qué, Sybil?

—Porque tú te has jugado la piel por ayudarme. Porque, en recompensa, y ahora que estás en peligro de muerte, lo menos que puedo hacer es gastarme unos cuantos dólares.

Su voz era dulce, queda. Flotaba en sus labios una misteriosa emoción.

Luc musitó:

—¿Vendrías tú conmigo?

—Sí. Ya no tengo nada que hacer aquí. Yo también quiero escapar, ¿comprendes?

—Entonces, acepto.

Ella sonrió.

Sus ojos eran más acariciantes que nunca.

Y allí estaba la tentación de sus labios.

De su cuerpo de diosa.

—Va a ser una bonita jugada, Luc —musitó—. Nadie nos podrá seguir.

Y se reclinó en el diván. La luz que llegaba de la bahía, dio de lleno sobre sus formas.

CAPÍTULO XI

PARA ir a Aberdeen no tenían que salir de la isla Victoria; no había más que cruzarla, yendo de la parte que da al continente chino hasta la parte que da al océano Pacífico y al lejano Japón. No dejaba de ser una importante ventaja, porque con ella eliminaban los riesgos del transbordador a Kowloon, donde podían ser identificados fácilmente.

Abandonaron el hotel a pie y tomaron un taxi bastante lejos de allí, dándole la dirección de Victoria Park, en la parte más alta de la isla, donde está el observatorio junto a uno de los más lujosos restaurantes de Asia. En Victoria Park se entretuvieron unos minutos, los suficientes para despistar a cualquiera, y tomaron otro taxi. Este les condujo a Aberdeen.

Lo que había sido en otro tiempo un más o menos próspero pueblo de pescadores, es hoy una auténtica ciudad flotante, un hacinamiento infecto de barcas medio podridas, de sampanes llenos de miseria, de restaurantes flotantes, llenos de color y luz, donde uno encuentra el pescado, exquisito, a condición de olvidar que ha salido poco antes de aquellas pestilentes aguas. En Aberdeen se nace, se vive, se muere sin haber conocido más mundo que el de la barca que a uno la sostiene sobre el puerto. La barca conoce la alegría del nacimiento, la tristeza del ataúd, las carcajadas de la boda. La barca es cuna y es túmulo. En Aberdeen está uno de los últimos vestigios del pasado, uno de los últimos reductos donde aún se hacina la secular miseria de Asia.

Luc Barnes lo conocía bien, como conocía los más extraños rincones del mundo, pero jamás había escapado desde allí. Por lo

tanto, tenía que confiar en Sybil y en su plan, puesto que, al fin y al cabo, Sybil era una compañera.

El susurró:

—Lo malo es que no llevo una cochina arma. La que me vendieron no servía para nada.

—Yo tampoco voy armada, pero no nos hará falta.

—¿Tu amigo, el de la barca, no tiene ni un mal petardo?

—Tal vez sí. Se lo preguntaremos.

—¿Dónde está?

—Más allá de aquel restaurante. Nos vendrá a buscar...

Entre las sombras de la noche, ella señalaba una especie de palacio flotante, un enorme barco rojo en forma de dragón, sobre el que titilaban centenares de luces. Grandes carteles proclamaban: ‘El Pez Celeste. Las Delicias de Oriente’.

Una muchacha, en su pequeña barca, los llevó hasta allí. Los servicios de “taxi acuático” de Aberdeen suelen estar servidos por jóvenes chinas. Una vez en el restaurante, se limitaron a tomar un refresco y a dirigirse a la escalera que estaba al otro lado, y por lo tanto, resultaba invisible para los que estaban en el paseo que bordea el muelle.

Una barca se aproximaba silenciosamente.

Remaba en ella un viejo chino. Su piel apergaminada tenía un raro reflejo bajo las luces indecisas. Manejaba el único remo con gran maestría y sin producir un solo chapoteo, como debe marchar la Barca de Carente en el Lago de la Muerte. En torno suyo no se veía ninguna otra embarcación, no se veía a nadie.

Sybil musitó:

—Es ése.

—¿Él va a llevarnos a la lancha?

—Sí. No debe estar lejos.

Descendieron los dos. La vieja barca se bamboleó levemente, al recibir el peso. Luego avanzaron entre las sombras, dejando atrás el núcleo donde las embarcaciones estaban más abigarradas y dirigiéndose a un punto en que había sampanes y juncos de más porte. El silencio era casi total allí, aunque tenían la sensación de que les estaban espiando mil ojos.

El olor del agua seguía siendo insistentemente fétido.

Las luces de las barcas les permitían distinguir algunas escenas familiares, algunos episodios de aquella vida que apenas había cambiado en varios siglos.

Los ojos de Luc Barness seguían con atención cada movimiento, cada sombra, cada relieve. No se fiaba de nada y sus nervios seguían estando en tensión, aunque no parecía amenazarle ningún peligro. Así llegaron, casi, al extremo del muelle donde las barcas eran cada vez más escasas.

Y entonces ocurrió aquello. Entonces Luc lo vio. En cuestión de segundos, todo pasó a ser una extraña pesadilla.

La lancha apareció por estribor. En teoría, debía ser la que venía a buscarles para transportarles clandestinamente al Japón, pero algo le dijo a Luc que no era así. Ese algo consistía en la ametralladora que estaba a proa.

No era lógico que una barca de un pescador llevase una ametralladora. Aquello, por el contrario, era una especie de lancha rápida a la cual habían acoplado el arma, y que surgía de entre la penumbra... ¡para achicharrarles a todos!

Luc barbotó:

—¡Cuidado!

Sus gestos fueron instantáneos. Lo primero que hizo fue dar un empujón a Sybil para arrojarla al agua.

No era un baño demasiado agradable, pero, al menos, tenía así probabilidades de conservar la piel. Y cuando Luc se disponía a hacer lo mismo con el viejo chino que empuñaba el remo, la ametralladora crepitó.

Fue una ráfaga instantánea que barrió la embarcación de lado a lado. El hombre que manejaba la máquina dibujó un amplio movimiento de abanico para llevarse por delante la embarcación entera.

Sólo su agilidad salvó a Luc Barness aunque éste ya no pudo librar al viejo chino del infernal chorro de plomo. Las balas que disparaba la ametralladora eran auténticos obuses de dieciocho milímetros. En cuestión de segundos, el cuerpo de aquel pobre tipo quedó completamente descuartizado.

Luc había logrado saltar por la borda un instante antes. Se hundió en las aguas. La frágil barca que les había conducido, quedó

partida en varios pedazos. En medio minuto se hundió.

Luc intentó encontrar a Sybil en la superficie de las aguas, porque daba por descontado que ella había logrado salvarse. La había arrojado por la borda a tiempo, y las balas de la ametralladora habían ido dirigidas solamente contra la barca, no contra la masa líquida que se extendía debajo. Ninguno de aquellos plomos, lógicamente, tenía que haber alcanzado a la muchacha.

Pero no pudo verla. Una sorda angustia se apoderó de él al darse cuenta de que todos sus sacrificios podían haber sido inútiles; que todo lo que hizo desde la lejana Australia no había servido de nada.

Otras cosas absorbieron su atención, sin embargo, y la primera de ellas fue la conservación de su propia piel. Se dio cuenta de que, pese al crepitar infernal de la ametralladora, nadie se acercaba allí y nadie daba la menor muestra de alarma. En Aberdeen ocurría como en ciertas callejas de Nueva York o de Chicago: nadie sabía nada, nadie se enteraba de nada. La policía tampoco se acercaría allí hasta transcurridos unos largos minutos, porque los agentes no querían líos. Y razones tenían para ello.

Muchas de las muertes violentas que se producen en Hong Kong, se deben a oscuras batallas del espionaje en las que la policía local prefiere no entrar. En este caso concreto, por ejemplo, se trataba de una sucia batalla de esa clase. Otras son debidas a designios de los comunistas chinos o de los anticomunistas chinos. También los agentes que dependen de Su Majestad británica prefieren mantenerse alejados de ello.

Por lo tanto Luc Barness no podía esperar ninguna clase de ayuda. Lo máximo que haría la policía, sería recoger sus despojos y elevar un informe que terminaría con estas palabras: “Muerto a manos de personas desconocidas”.

Lo que hiciera dependía enteramente de sí mismo.

Un faro iba recorriendo lentamente las sucias aguas del puerto. Desde la lancha rápida, lo escrutaban todo buscándole a él, precisamente a él. El potente disco de luz hurgó por el sitio en que él se había lanzado.

Durante unas fracciones de segundo lo captó, mientras Luc se hundía velozmente en el agua. La ametralladora volvió a crepitar.

Las balas se hundieron en el líquido negro.

Aquellos peces de plomo buscaron el cuerpo de Luc Barness y llegaron a rozarlo, pero él logró esquivarlos hundiéndose a gran profundidad. Cuando salió de nuevo a la superficie, sus pulmones estallaban.

Vio que el disco de luz ya no buscaba más en el agua. Sin duda resultaba demasiado arriesgado para los hombres de la lancha.

Estos sabían que la policía tenía que haber oído los disparos, y sabían, también, que esa amable policía no iba a darse demasiada prisa en intervenir, pero aun así resultaba demasiado arriesgado darle una pista tan clara como un faro encendido. En lugar de buscar por el imposible Aberdeen, se dirigían hacia el faro y entonces estarían todos perdidos.

Luc Barness suspiró con alivio. No sólo había logrado salvar el pellejo, sino que sus enemigos ya no estaban en situación de buscarle. La batalla podía considerarse ganada.

—¿Ganada?

¿Pues entonces qué infiernos era aquello?

Los párpados de Luc sufrieron una brutal sacudida. Todo su cuerpo se estremeció. Vio lo que jamás hubiese esperado ver allí.

La aleta.

Aquella especie de triángulo siniestro que casi le rozaba.

La voz de alarma pareció surgir del fondo de su cerebro.

¡Tiburón!

Por unos instantes, su cerebro se paralizó. Pese a que era un hombre acostumbrado a las reacciones instantáneas, esta vez no pudo tenerla. Cuando vio la aleta hundirse muy cerca de él comprendió que estaba perdido.

No lo entendía.

Por supuesto que hay tiburones en esa parte del Pacífico y, por lo tanto, aquella visión escalofriante resultaba más que normal. Muchos de los fugitivos de China continental que llegan a Hong Kong son alcanzados por los escualos y alcanzaban la costa (cuando la alcanzan) con horribles mutilaciones. Por lo tanto un tiburón no hubiese llamado la atención cerca de la costa, pero en el propio Aberdeen sí que la llamaba. Es más... ¡se hacía imposible!

Repulse Bay, el puerto de Aberdeen y otros lugares habitados, están protegidos por redes, aparte de que los escualos raramente se

acercan a lugares donde hay demasiada gente. Por lo tanto sólo había una explicación: ¡acababa de salir de la propia lancha rápida!

Sin duda había en ésta una compuerta con una red en la que iba prisionero el enorme tiburón. No tenían más que dejar suelta la red, con lo cual ésta se abría, y el tiburón quedaba libre.

Luc sintió un infinito desprecio, un infinito asco.

Aquello era infernal.

Pero no lo lamentó por sí mismo, pese a saber que iba a morir. Lo peor era que aquellos hijos de zorra, después de haber soltado el tiburón, no podrían ya volver a capturarlo. Y el monstruoso escualo, siempre hambriento y siempre decidido a atacar, se movería como una pesadilla entre las barcas donde habitaban miles de seres humanos.

¿Cuántas víctimas inocentes causaría antes de que pudieran matarlo? ¿Qué habían pensado los buitres de la lancha rápida? ¿Hasta qué punto llega la maldad humana?

Los pensamientos de Luc Barness se detuvieron, de pronto. Habían transcurrido apenas unos segundos, pero a él parecía que llevaba una eternidad allí, quieto y con el tiburón debajo.

Entonces se hundió en las aguas, también. Quedó flotando bajo la superficie, sabiendo que el escualo no sólo le olfatearía, sino que le vería confusamente gracias a la luz de la luna que en aquel momento penetraba bajo la superficie, con cierta intensidad.

Pero contaba con un elemento a su favor, y era que los tiburones casi nunca atacan a una figura desconocida que se mueve bajo el agua. No dudan en atacar, en cambio, lo que está parte sumergido y parte en la superficie, como, por ejemplo, un nadador. Parecer un simple nadador era el único lujo que no se podía permitir Luc Barness.

Por eso se mantuvo bajo la superficie, aun sabiendo que sus pulmones estallarían al cabo de dos o tres minutos. Mientras tanto, el tiburón daría vueltas cada vez más cercanas, buscando el instante propicio para atacar.

De todos modos, Luc estaba perdido.

Había sustituido una muerte rápida por una muerte lenta.

Como el tiburón es un pez que, en realidad, no flota, no puede estar quieto, porque se hundiría. En consecuencia tiene que dar

siempre vueltas y más vueltas, y para alcanzar a su víctima actuó un poco como los antiguos guerreros indios que circunvalaban una y otra vez la caravana de carros sitiada. Luc sintió que sus pulmones no aguantaban ya más y se dispuso a subir a la superficie aunque fuera sólo unos segundos.

Claro que, mientras tragaba aire, el tiburón le atacaría. De una forma u otra, estaba bien perdido.

En ese momento, una circunstancia fortuita vino en su auxilio. El cadáver del viejo chino que había sido ametrallado flotaba muy cerca de allí, y de ese cadáver se desprendían gruesos hilos de sangre. El tiburón los olfateó. Cambió bruscamente de rumbo, mientras su cola golpeaba, brutalmente, el cuerpo de Luc.

Este se estremeció. Sintió, también, el fluir de su propia sangre.

Pocos tejidos vivos son tan rugosos y ásperos como la piel de un tiburón. Sobre un cuerpo humano, produce el efecto de un monstruoso papel de lija.

El dolor fue brutal, pero Luc estaba, de momento, a salvo. Nadó por la superficie y tuvo la osadía de dirigirse hacia la lancha rápida.

Quería saber quiénes eran aquellos tipos.

Verlos...

Avanzó con el silencio y la rapidez de un torpedo.

Era un excelente nadador. No produjo el menor chapoteo ni el más mínimo ruido, mientras se acercaba a la borda.

Captó unas cuantas palabras en flamenco, y eso le hizo darse cuenta de que sus enemigos, eran los mismos que ya trataron de matarle en el paraíso de Penshawar. De que eran los mismos demonios que infestaban aquella hermosa tierra. Muchos indonesios, a causa de los numerosos dialectos del país, emplean, para entenderse, una lengua común, que es la usada por los antiguos dominadores holandeses.

Luc solamente captaba algunas palabras:

Tiburón.

Desaparecido.

Imposible.

Hay que virar.

Sin duda sus enemigos estaban desconcertados, y por unos

segundos Luc acarició la idea de poder saltar por la borda y apoderarse de alguna de las armas, haciendo una escabechina. Pero de repente la sensación de la muerte volvió a él.

Fue brutal.

Se dio cuenta de que el tiburón había engullido parte del cuerpo del viejo chino, pero eso no había satisfecho su insaciable apetito. El tiburón, cuyo estómago lo digiere todo, podía estar tragando durante horas, hasta reventar. ¡Y ahora venía a por él!

Estaba debajo de él.

Luc lo intuía, lo adivinaba.

Subía como una bala antiaérea. Su impulso era auténticamente bestial. Podía levantar una barca y volcarla.

Y lo que iba a encontrar ante sus fauces no era una barca... ¡sino los pies de Luc Barness!

Este aguantó.

No intentó apartarse, pese a saber lo que aquello significaba. Un pensamiento diabólico ocupaba ahora su cerebro, un pensamiento en el que se lo jugaba todo a cara o cruz, en el que tenía diez probabilidades de ganar y noventa de perder.

Notaba como si el agua hirviese bajo él.

El tiburón subía como un cohete.

Su impulso era irresistible.

Luc, con las manos apoyadas en la borda, no tenía enemigos a la vista, pero iban a descubrirle de un momento a otro. Las voces que escuchaba indicaban que los asesinos se encontraban muy cerca.

Aguardó hasta la última fracción de segundo.

La última oportunidad.

Hasta el límite de su miedo...

Y cuando el tiburón ya casi le rozaba los pies, él saltó hacia el interior de la lancha con una agilidad de pez. Se colocó en el propio terreno de sus enemigos, y estos lo vieron. Corrieron hacia él.

Eran cuatro.

Todos indonesios.

Pudieron haberle matado en aquellos segundos, pero por alguna razón que Luc ignoraba completamente querían atraparlo vivo. Sin duda, necesitaban interrogarlo, para saber dónde llevaba el

mensaje.

Luc rodó por cubierta.

Se oyeron varios gritos.

Y, en aquel mismo instante, los gritos se transformaren en un unánime alarido.

¡El tiburón estaba allí!

¡Persiguiendo a su presa, había salido del agua!

El monstruoso animal dio un auténtico salto de delfín, osciló en el aire y cayó en cubierta. Los hombres que venían a por Luc Barnes se encontraron materialmente entre sus fauces.

El alarido se repitió.

Pero ahora no fue sólo de sorpresa, sino también de miedo y de infrahumano dolor. Porque uno de los indonesios que corrían por cubierta había visto desaparecer su pierna entre las fauces. Otro había recibido un coletazo tan espantoso, que por poco le separa la cabeza del tronco.

La confusión que se había formado en la pequeña embarcación era auténticamente demencial. Los hombres que estaban en ella gritaban febrilmente. El tiburón patinó por cubierta mientras soltaba los restos de un cuerpo humano y engullía la mitad de otro. Hasta la metralleta que empuñaba su víctima penetró en sus fauces sin que, al parecer, aquel aperitivo le importase nada.

Luc tenía la salvación al alcance de la mano, y por eso se lanzó de nuevo al agua. Si se quedaba allí le acribillarían, pues el festín del tiburón iba a durar muy pocos segundos más.

En efecto, otros dos hombres armados con metralletas llegaron a aquel lado de cubierta. Vaciaron sus cargadores en aquel cuerpo gelatinoso y enorme.

Lo convirtieron materialmente en pedazos, llenando la cubierta de sangre.

Mientras tanto, Luc Barnes nadaba ágilmente hacia la zona más concurrida de Aberdeen. El agua era cada vez más fétida, pero él no había podido elegir. Cuando estaba al borde de la náusea, tropezó casi con un sampán, de un solo remo, que iba tripulado por una muchacha china.

—¿Le llevo, señor? —preguntó ella, sin inmutarse al ver a un tío en aquellas condiciones—. Son dos dólares.

Pero Luc aún se hizo el remolón.

—¿Es cómodo el asiento? —preguntó.

—Comodísimo. Los cojines los he hecho yo misma.

—Bueno, entonces acepto —gruñó—. Aunque no debería hacerlo, ¿sabe? Me conviene un poco de ejercicio...

CAPÍTULO XII

ENTRE las cosas buenas que tiene Hong Kong figura el que nadie hace preguntas a nadie. El hecho de que un hombre circule con el traje roto y empapado de agua y sangre, no hace, precisamente detenerse el tráfico. Pero Luc, además, adoptó otra precaución, que fue la de hacerse conducir por un *riskhaw*, un carrito tirado por un coolie, de los pocos que aún quedan en la ciudad. Le repugnaba hacerse arrastrar por otro ser humano, pero en esta ocasión no tenía más remedio. Un taxista no lo hubiera conducido.

Aunque su dinero estaba empapado, valía igualmente. Dio una generosa propina y se hizo conducir a un sastre de los que en veinticuatro horas terminan un perfecto traje a medida. Claro que él no podía esperar veinticuatro horas, pero el sastre disponía de ropa confeccionada y perfectamente hecha. Luc Barness dejó la tienda, se vistió de nuevo y despidió al coolie. Ahora ya podía tomar un taxi.

En lugar de hacerse conducir al Mandarín, donde le localizarían fácilmente, dio la dirección de un hotel de mala muerte donde sería más difícil que le encontraran. Era un hotel de borrachos, de drogadictos y de prostitutas portuarias. Con un poco de suerte, tardarían veinticuatro horas en localizarlo allí.

De todos modos, no estaba demasiado seguro de que no le hubieran seguido. Había que suponer que sus enemigos tenían vigilada toda la zona de Aberdeen, y nada tan fácil para ellos como seguir el trote de un pobre coolie.

Luc también se dio cuenta de que había cometido un fallo:

Tomar el taxi cuando el coolie aún podía verlo.

Sus perseguidores interrogarían al pobre hombre, y éste indicaría qué taxi había tomado Luc, pues allí se conocían muy bien todos los del gremio del transporte. El taxista también señalaría el hotelucho al que le había llevado.

Por lo tanto, lo podrían localizar otra vez.

Luc Barness sintió un frío sudor de angustia.

Estaba acorralado en Hong Kong. Nunca podría salir de allí. Nunca...

¡Y todo por querer ayudar a una mujer...!

Mientras pensaba en esto, repasó la modesta habitación que le habían asignado. En ella no había más que una cama, dos sillas, una mesa y un lavabo. Ni ducha, ni nada que se le pareciese. Y, pese a haberse lavado en casa del sastre, Luc aún tenía la sensación de conservar el fétido olor de Aberdeen.

Decidió cambiar.

Se largaría por la ventana.

Y cuando sus enemigos llegasen a por él, no encontrarían ni rastro.

Iba a saltar, pese a encontrarse en un tercer piso, cuando oyó un leve rumor junto a la puerta. Se dio cuenta de que alguien venía.

Era apenas un susurro.

El compás alterado de una respiración.

Con la luz apagada Luc esperó. Pudo ver que el picaporte giraba lentamente.

No se produjo el menor ruido.

Pero, de pronto, la puerta se abrió.

Dos tipos entraron de golpe.

Los dos eran indonesios, aunque vestían a la manera occidental. Los dos llevaban cuchillos en las manos.

Eran fabricantes, sin duda alguna.

Fabricantes de muertes silenciosas.

No se dieron cuenta de que Luc se encontraba tras ellos. Por una vez, el agente tenía todas las ventajas.

Movió las dos manos a la vez.

Dos hombres que caen.

Dos cráneos fracturados.

Inmediatamente, Luc se inclinó sobre ellos y los registró. Desgraciadamente, no llevaban más armas que los cuchillos, quizá porque no querían exponerse a armar ruido en aquella parte de la ciudad. Pero Luc se guardó las hojas de acero, pensando que podían hacerle falta, y luego continuó registrando. Averiguó algunas cosas, acerca de aquellos tipos.

Por ejemplo, que uno de ellos se llamaba Akbar.

Que había sido jefe de recepción de un hotel indonesio.

Que pertenecía a la Liga Santa,

Todo estaba muy claro para Luc, quien por un momento pareció haber terminado su registro. Pero su instinto le dijo que podían llevar oculto algo más, y siguió hurgando. En efecto, bajo la plantilla del zapato de uno de los muertos había una foto.

No era de demasiada calidad.

Se trataba de una instantánea obtenida de cualquier forma.

Pero lo que vio en ella bastó para que el joven tuviese que ahogar un grito de sorpresa y de horror. Porque se veía, perfectamente, como en una lujosa habitación de hotel de cierto paraíso indonesio, mataban por la espalda a un hombre.

El conocía bien a aquel hombre.

Se llamaba Pierce.

Y conocía bien a la mujer que le estaba disparando por la espalda. No en vano le había besado más de una vez.

Y de qué forma...

Luc Barness apretó los labios. La boca se le había quedado seca.

Y tensó el cuello, porque alguien se acercaba allí. Eran las rápidas pisadas de unos zapatos femeninos.

La boca de Luc Barness se secó más aún. Se convirtió en un pedazo de desierto.

CAPÍTULO XIII

TENÍA los músculos tensos cuando la puerta fue empujada. Pese a haber oído los pasos, esta vez el agente no reaccionó con la rapidez que en él era habitual. Quedó quieto, allí, mientras veía la figura femenina recortarse en el umbral.

Ella le miró donde le miraba siempre.

A los ojos.

También era extraña aquella manía.

Como si fuese lo que más le gustaba en él.

Luc sonrió, entonces.

Su sonrisa era helada.

Quieta, demasiado quieta.

Como la sonrisa siniestra de un hombre muerto.

Su derecha se movió.

Quizá ni se dio cuenta de que lo hacía.

Y la preciosa cabeza de la mujer saltó de tal modo que por una décima de segundo, pareció como si fuera a separarse del tronco. Al fin la hembra cayó.

Luc miraba la cara de la mujer.

Aquella cara de reptil.

La misma que, sin embargo, días antes, le había parecido la más fascinante del mundo.

Ella sólo bisbiseó:

—¿Por qué...?

Se había dado cuenta de la presencia de los muertos, pero eso no parecía importarle. Estaba obsesionada. Mirando siempre a los

ojos de Luc, musitó de nuevo:

—¿Por qué...?

Él dejó caer la fotografía. La cartulina se posó en el regazo de la hembra con tanta suavidad como una hoja muerta.

Ella no necesitó mirar, apenas.

Sólo dijo, con un hilo de voz:

—Nunca pude imaginar que me hubieran fotografiado, en aquel momento.

Luc pareció no haberla oído. Con voz impersonal, lejana, como si hablase una máquina y no un hombre, preguntó:

—¿Cómo has podido dar conmigo?

—Vigilaba la zona de Aberdeen. Te he visto salir del hotel y dirigirte hacia allí. La estratagema de detenerte en Victoria Park no ha servido de nada. No soy tan imbécil.

—Sí, ya veo que tú eres muy lista. No pierdes un rastro jamás, ¿eh? Y además, por lo que veo, disparas muy bien.

Ella dijo fríamente:

—A esa distancia, sí.

Era repulsiva la tranquilidad con que reconocía su crimen. Era abominable su calma. Luc sintió que otra vez iban a dispararse sus manos, pero ahora se contuvo.

Preguntó:

—¿Nombre?

—¿No lo sabes?

—No. Es curioso, muñeca: hemos sido amantes pero lo desconozco todo de ti. Y lo que te pido, además, es el nombre auténtico.

—Me llamo Ingrid.

—¿Y este hombre?

—¿Él? A él lo tienes que conocer. De lo contrario, no me hubieras golpeado.

Luc chascó dos dedos.

—Cierto —musitó.

Ahora fue ella la que preguntó:

—¿Sabes cómo se llamaba?

—Pierce.

—¿Y sabes lo que era?

—Trabajaba en la misma cochina organización que yo —
masculló Luc Barness.

—¿La CIA?

—Uno no elige, a veces, el sitio en que trabaja ni el sitio donde
muere —silabeó él—. Ni la mujer a que ama.

Ella le miraba fijamente.

Siempre a los ojos.

Siempre...

—Entonces quizá sepas quién soy yo —dijo, con un hilo de voz.

—No.

—Era la esposa de Pierce.

El sintió frío hasta el fondo de la columna vertebral. Se había
encontrado ante muchas miserias, pero le parecía que aquello lo
superaba todo. Dijo, con voz opaca:

—Te felicito. Eres una esposa modelo.

—¿Quieres burlarte de mí?

—¡Oh, no...! Nada de eso. Matas a tu marido y luego te vas con
un desconocido. Perfecto.

—Tú no eres un desconocido, Luc.

El sintió que chirriaban sus dientes.

—¿Cuándo me habías visto? —murmuró.

—Nunca.

—¿Y cuándo te había visto yo?

—Muchas veces.

Luc Barness ya no podía más. Sintió que su cabeza daba vueltas.
Como única reacción, sujetó a la mujer y la puso en pie
brutalmente.

Pero ella no se quejó.

Sus facciones seguían siendo serenas.

Quietas...

Se traducían, en ellas, un dolor oculto.

Por un momento Luc se sintió desorientado; por unos segundos
no supo qué hacer. Los acontecimientos, cosa extraña en él, le
habían desbordado.

Fue entonces cuando alguien golpeó quedamente en el otro lado

de la puerta.

Y una tímida voz conocida, preguntó:

—Luc... ¿puedo entrar?

El suspiró con alivio, porque aquello significaba que, al menos, la muchacha estaba viva.

Era la voz amiga de Sybil.

CAPÍTULO XIV

CON un movimiento brusco apartó a Ingrid y abrió aquella puerta. La situación no dejaba de ser curiosa, porque jamás había tenido a dos mujeres tan bonitas cerca de él.

Susurró:

—¿Cómo has podido salvarte, Sybil?

—Supongo que del mismo modo que tú: nadando hacia la costa.

Las ropas de la preciosa muchacha estaban mojadas y sucias, pues ella no había podido cambiarse. Sin embargo, seguía palpitando en su rostro la decisión, como si nada de lo que acababa de ocurrir la pudiera hacer desviarse de su propósito.

—Creí que... que habías muerto murmuró—. Pensaba no verte más, Luc.

Él meneó la cabeza, pensativamente.

—¿Cómo has dado conmigo? —musitó.

—Pues porque... porque...

No acababa de contestar. Luc insistió:

—¿Por qué?

Y ya no necesitó más la respuesta.

La respuesta vino sola, unas décimas de segundo más tarde.

Vino con aquellas dos pistolas provistas de silenciadores.

Con aquellos dos tipos que entraron tras la muchacha.

* * *

Curiosamente, y a pesar de la sorpresa brutal que había sentido, el rostro de Luc Barness no se alteró para nada. Cualquiera que hubiese estado allí, habría pensado que, o los que acababan de

entrar eran amigos, o él no se daba cuenta de la situación. Ni siquiera retrocedió un paso cuando aquellos dos cañones se clavaron en su pecho.

Por su parte, Sybil había acercado un cuchillo a la yugular de Ingrid echándole la cabeza para atrás. Sus ojos enviaron al aire una especie de llamarada siniestra.

Y todo aquello sin un susurro, sin una voz, sin un gesto brusco. Los dueños del hotel debían haber sido cuidadosamente untados y no dirían una palabra. Luc Barness se dio cuenta de que estaba metido en su propia tumba.

Pero siguió sin inmutarse. Dejó que le arrebataran el cuchillo que sobresalía de su bolsillo izquierdo y que le cachearan. Mientras tanto, la puerta había vuelto a cerrarse, dejando aquello convertido en una especie de cámara de la muerte.

Sybil fue la que musitó:

—Te debo una respuesta, Luc.

—No la necesito ya, preciosa. Has dado conmigo por la misma razón que dieron conmigo esos hombres que están ahí, muertos.

—Es admirable. Todavía piensas...

—Si supieras las cosas que pienso, te asustarías, cariño —musitó él.

—¿Por ejemplo...?

—Pienso que eres una tía estupenda.

La preciosa Sybil no se inmutó. De sobra sabía que estaba ante una especie de máquina: una máquina de amar, una máquina de matar, una máquina de vivir. Ninguna de las reacciones normales de los hombres valía para Luc Barness.

—Pienso, también, otras cosas —bisbiseó él—. Por ejemplo, que estás a sueldo de esos fanáticos musulmanes que se exponen a organizar una nueva guerra. Por ejemplo, que hasta ahora no has dejado de llevarme de trampa en trampa. Por ejemplo, que dejaste quemar viva a aquella pobre muchacha amiga tuya, para que yo pensase que tú corrías el mismo horrible peligro y accediera a acompañarte, metiéndome, así en las trampas que tú me quisieras organizar. Por ejemplo que la “Luger” que diste, estaba estropeada a propósito... Incluso la estratagema de esta noche ha sido arriesgada, pero tú y tus amigos sabíais que yo haría lo imposible

por salvarte y para que no te alcanzase ni siquiera una bala perdida. Imagino también que lo que quieres es esto, ¿no? Pues muy bien... Ya me he cansado de luchar y de matar. Toma...

Le tendió el reloj que le había dado Elmer. Si ella tragaba el anzuelo, aquello podía cambiarlo todo. Pero, ante la sorpresa de Luc, ella no lo tragó.

—No —dijo quedamente—. La pista de este reloj es completamente falsa. Yo conozco bien a Elmer y por eso pude utilizar su nombre, diciendo que era él quien me enviaba en tu ayuda. Sé que Elmer siempre utiliza trucos para desorientar, y éste es uno de ellos. Tu reloj no me interesa. No vale nada, en absoluto...

—¿Pues entonces qué te interesa?

La sonrisa burlona cruel, flotó en los labios femeninos.

Su expresión era, ahora, casi inhumana.

Con voz opaca ordenó a sus dos hombres:

—Sacadle los ojos...

* * *

Luc Barnes había oído muchas órdenes salvajes en su vida, pero quizá ninguna como aquélla. Nunca había visto sacar los ojos en vida a nadie, ni esperaba verlo. Y he aquí que, de pronto, la víctima... ¡iba a ser él! ¡Iban a aplicarle un suplicio que ya no se usaba desde la Edad Media!

Fue a revolversse. No le importaba morir, pero es que, además, no entendía nada. ¡Absolutamente nada! Aquel suplicio inhumano... ¿para qué?

Su cuerpo se tensó, pero la decisión de Sybil fue tan rápida como él. La muchacha añadió, con voz opaca:

—Matadle antes. Así nos dará menos problemas.

El hombre que se disponía a apretar el gatillo se tambaleó, de pronto. Sus ojos se desencajaron. Y si Luc no había entendido nada, un segundo antes, él lo entendió mucho menos aún.

Porque el cuchillo que le atravesó el corazón en línea recta parecía haber surgido del aire, haber nacido en el vacío. Aquel tipo reventó, sin comprender que la hoja de acero había surgido de la manga derecha de Luc, como un naipe falso sale de la manga del jugador de ventaja. Se fue al Más Allá sin entender que Luc había

mostrado un cuchillo, pero guardándose otro. Y que la aparición de Sybil, tan repentina, le había parecido mucho más sospechosa de lo que su tranquilidad daba a entrever. Por eso se había reservado el arma de uno de los muertos.

El pistolero se tambaleó, mientras ahogaba un gemido. Intentó disparar y le fallaron las fuerzas porque tenía la hoja clavada hasta el fondo del corazón. No se dio cuenta, tampoco, de que su propio cuerpo servía de parapeto ante el disparo del otro.

En efecto, estaba cubriendo a Luc Barness sin advertirlo. El plomo disparado por el silenciador le atravesó de parte a parte, sin herir al agente. Este arrancó el cuchillo con un seco movimiento. La propia caída del muerto le ayudó a desclavarlo.

Su segundo enemigo disparó también, pero Ingrid se le había lanzado encima, aprovechando la desorientación de Sybil, y le había hecho vacilar. La bala se perdió en el vacío. Todo aquello fue una macabra danza que apenas duró unos segundos, unos segundos de frenesí y de muerte.

Para Luc Barness, aquello era suficiente. Tuvo tiempo para lanzar el cuchillo otra vez. Su segundo enemigo lo recibió en mitad de la garganta.

Se tambaleó.

Su cuerpo tropezó con dos muebles, los derribó, fue contra la pared, se acabó estrellando contra la ventana...

Por esa ventana precisamente, saltaba Sybil, ahora, dándose cuenta de que estaba perdida. Su hermoso cuerpo se estrelló contra los cristales que, en parte, su compinche ya los había roto. Cayó dando una trágica vuelta hacia la calle, que estaba tres pisos más abajo.

Y seguramente hubiera podido salvarse.

Con suerte, tres pisos no son mortales para una persona joven y fuerte.

Pero ninguna persona, por joven y fuerte que sea, resiste el embate de un camión de veinte toneladas que no puede frenar a tiempo. Todo el cuerpo de Sybil pareció desintegrarse. Una nube escarlata saltó al aire. La calle se llenó de gritos de horror.

Y las mandíbulas de Luc Barness produjeron un chasquido. No tenía tiempo de pensar, no tenía tiempo de nada, excepto de huir.

Tirando de la atónita Ingrid, que, sin embargo, había tenido serenidad para salvarle la vida, barbotó:

—¡Vamos! ¡Esta gente no dirá una palabra a la policía, si nos escabullimos a tiempo!

Casi rodaron escaleras abajo. Rostros chinos, rostros herméticos, rostros hieráticos les acechaban desde la penumbra: Pero nadie intentó detenerles, nadie dijo una palabra. Nadie parecía existir.

Diríase que era aquélla, la casa de la muerte.

Mezclados con el tumulto de la calle, no les resultó difícil encontrar un taxi. Una vez en su interior, mientras se alejaban, mientras las luces de Hong Kong desfilaban ante sus ojos. Luc se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por las mejillas de la preciosa mujer.

Por primera vez en mucho tiempo, la traicionaban sus sentimientos.

Por primera vez, la vencía aquella tensión insoportable.

—Ahora podremos huir —musitó—. Ahora nadie nos vigila. Llegaremos sin novedad a Estados Unidos y la misión habrá sido cumplida. Podrá evitarse un desastre en esta zona del Pacífico. Podrá evitarse que quede destruido el último paraíso que aún puede encontrar el hombre.

—De poco servirá el que yo llegue —musitó Luc—. En realidad, he servido de cebo para proteger a un compañero que es el que lleva la documentación auténtica.

—Te equivocas, Luc.

—¿Que... que me equivoco?

—Sí. La documentación la llevas tú.

—¿Yo...?

—No ocupa más que dos puntitos microscópicos y que deben ampliarse cerca de ochocientas veces para poder leerse. Dos puntitos microscópicos que están adheridos al fondo de tus globos ocultos.

Luc sintió que la cabeza se le iba para atrás. Si no llega a estar sentado, se cae. Farfulló:

—Cuando la bala me atravesó la sien yo... yo quedé ciego, ¿verdad?

—Sí.

—Y me dijeron, más tarde, que me habían puesto los ojos de un donante cualquiera...

—No era un cualquiera, Luc.

—¡Dios santo...! Eran los de... ¡los de Pierce!

—Sí. Pierce pensaba que sacaría así su secreto de Indonesia, pero no pudo lograrlo. Él y yo habíamos trabajado muchas veces juntos, ¿sabes? En aquella ocasión me presentó como su esposa, y realmente lo era, pues nos casamos especialmente para llevar a buen término aquella misión. No es que realmente le amara, pero... pero le admiraba. Y tenía unos ojos tan... ¡tan inteligentes! ¡Era un hombre al que le importaba tan poco, el peor de los sacrificios, si sabía que defendía la paz! Por eso lo había ordenado cien veces: “si me ves perdido, mátame”. Así lograría la confianza de los atacantes y podría, al menos, salvarme yo. El doctor Liman, un famoso cirujano de ojos afecto a nuestra organización, poseía un documento por medio del cual Pierce donaba sus globos oculares, y estaría atento para presentarse allí en unos segundos, si ocurría lo peor. No estábamos seguros, ni mucho menos de que los indonesios no quemasen el cadáver para hacerlo desaparecer y, por lo tanto, tenía que actuarse de ese modo tan rápido. Los ojos te los puso a ti, el propio Liman... y confió en que los que habían matado a Pierce no se dieran cuenta de nada. Pero al final lo entendieron. Y empezó la persecución, Luc, una persecución que cesa ahora...

Se pegó tiernamente a él. Luc Barness le acarició las mejillas donde aún había un resto de lágrimas.

Sabía que, de ahora en adelante, no sólo iba a ser su compañera en el trabajo, sino también en el peligro y en el amor. Sabía que para los dos empezaba una nueva existencia aunque en el principio de esa nueva existencia él debiera sufrir —¿qué importaba ya?— una leve operación en sus globos oculares para extirparle dos puntitos microscópicos que tantas molestias le habían dado, ya, un par de veces, cuando estuvo a punto de caer porque se le nublaba la vista.

Llegaron al aeropuerto. Luc Barnes compró un periódico y lo abrió, mientras Ingrid iba a comprar los pasajes en el primer avión que saliera rumbo a Estados Unidos. Lo abrió por donde siempre lo hacía, puesto que el mundo era de acción: por las páginas de política internacional.

Y estuvo a punto de lanzar un gruñido al ver que los titulares decían:

“ABSOLUTA TRANQUILIDAD EN EXTREMO ORIENTE”

“POR PRIMERA VEZ EN MUCHOS AÑOS,

NO CORRE PELIGRO LA PAZ...”

Luc dejó caer el periódico en la primera papelera, mientras susurraba:

—¡Pues vaya...!

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.